7

Danielle
DARRIEUX
en

"LA ESPOSA de PAPÁ"

2'50 Pts.

Editorial Grafidea S.L.

LA ESPOSA DE PAPA

PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN

IMPRESO EN ESPAÑA
Junio 1944

EDITORIAL GRAFIDEA, S. L.
Calle Bailén, 154 - BARCELONA - Teléfono 75697

EDICIONES EXTRAORDINARIAS
SERIE ESPLENDOR

Publicaciones CINEMA

PRESENTA

LA ESPOSA DE PAPA

DIRIGIDA POR
HENRY DECOÍN

Selección ORO-FILMS

DISTRIBUIDA POR

BALET Y BLAY

PRINCIPALES INTÉRPRETES:

DANIELLE DARRIEUX

PIERRE BRASSEUR

LARQUEY

LA ESPOSA DE PAPA

ARGUMENTO DE LA PELICULA

Amor inesperado

En la mañana deliciosa de un mes de mayo y en el silencio apacible de la bahía, la sirena del «Bruisac», anclado cerca del yate de Alberto Letournel, llena de estridencias la calma de las tripulaciones en descanso y pone en acerada tensión los nervios de Letournel que suspende malhumorado la conversación que sobre negocios sostenía con su amigo Moretti, para preguntar al marinero de guardia en el puente:

—¿Por qué no cesa de rugir esa sirena? Debe ser, sin duda, del «D'Aurignac».

—El «D'Aurignac» zarpó ayer, señor. Es la del «Bruisac» que hace dos años no se había visto por estas aguas.

—Es extraño. Nos va a dejar sordos a todos.

Y, en efecto, del «Bruisac» era aquella sirena que en su estridor escandaloso y continuo, no tenía más objeto que apagar con su ruido las agrias voces con que a bordo del mismo y precisamente sobre cubierta, disputaban Lina y su padre, el viejo Juan Vignol, que esclavo de las excentricidades de su hija había adquirido aquel barco sin otro fin que la celebración en él de los esponsales de aquélla con el último de sus pretendientes, cuyo compromiso, al igual que los anteriores, quería ahora rescindir sin más razón que el imperio de su voluntad y el capricho de su temperamento casquivano y altivo.

—No hay razón — alegaba el padre — para romper así un compromiso... Escúchame bien.

—He dicho que no, que no y que no — repetía la hija —. Ese hombre es un idiota, un cretino, un imbécil... Y sobre todo, antipático.

—Haberlo pensado antes. ¡Ah!, pero esta vez no te valdrá... Esta vez te casas con él.

—Jamás. Un hombre que no baila... que no viste. Ni deportista siquiera... ¡Qué horror!... ¡Y qué horror de sirena!... ¡Por Dios, que acabe ya de rugir!

—Es mejor que continúe... Así no oirán nuestros gritos, tus disparates... No quiero que nadie se entere de que estás loca.

Inútiles eran, sin embargo, la prevención y cautela de Juan Vignol; pues si el rabioso sonar de la sirena logró impedir que sus gritos llegasen hasta los barcos próximos, no pudo evitar que la violencia de sus ademanes y lo descompuesto de sus rostros, pasasen inadvertidos para Letournel y Moreill que, con incontenida curiosidad, seguían con la vista la borrascosa escena que por grados iba aumentando en turbulencias y acritudes.

—Y la muchacha no está mal— afirmó Moreill.

—Un poco nerviosa; pero encantadora — respondió su amigo.

Juan Vignol se dió cuenta en seguida de la impertinencia con que los dos los miraban, y suplicó a su hija:

—¡Lina, cálmate!... Nos están mirando.

—Que miren.

Moreill, creciendo en su embeleso por la joven, continuaba mirándola ya sin disimulo.

—Realmente, es linda la joven — musitó —. No sé quién puede ser.

—Parecen padre e hija.

Lina, entre tanto, sin dar la menor importancia a la inquisición de que estaba siendo objeto, continuaba despotricando:

—Hace quince días que lo conozco, y durante ese tiempo, día por día, minuto por minuto me he estado convenciendo de que es un botarate, un cretino... Y no me casaré con él. ¿Lo oyes?

—Pero esto es inaudito, hija mía... En un año, es éste el pretendiente número catorce que te presento y el número catorce también que despides sin más ni más después de haberles concedido formalmente tu mano. ¡Y esto es ya demasiado!

Acuciado vivamente por la curiosidad y aún más quizá, atraído por el seductor talante de la joven, Letournel, en un impulso incontenido de sus deseos, saltó la borda, cayó en el bote y se lanzó a la ventura.

Grueso y de estatura media, indefinible de edad, pero cincuentón de aspecto, su escasa gallardía y

burgués continente no eran los más adecuados para conquistar el amor de una pizpireta que, como Lina, hermanaba su belleza con un carácter inquieto y voluntarioso que, servido por una brillante posición y alentado por complacencias y debilidades paternas, agitaban su ser entre el capricho y lo incierto, cerrando su espíritu a toda quietud espiritual y a toda conveniencia social.

Letournel, después de contestar a Moreill que le interrogaba desde a bordo, que iba como vecino a visitar a aquella irritada pareja y a invitarles a almorzar, salvó la distancia y llegó al «Bruisac» cuando la reyerta entre padre e hija era más viva y enconada por parte de Vignol que recordaba a su heredera su última y extravagante exigencia que le obligó en plena fiesta de sus esponsales en París a despedir bruscamente a todos los invitados, so pretexto de que la ceremonia resultaría más original celebrada en un yate, y le hizo por este motivo comprar aquel barco en cuya cubierta se hallaban y que era por sus dimensiones, ya casi un trasatlántico.

—¿Qué quieres más?—gritaba el padre—. Quizá soñabas con una tempestad. Pero no llueve... El tiempo, por lo visto, no quiere secundarte en tu locura... Y yo no puedo nada contra los elementos... Eres terrible, ¡terrible! Ahora que todo estaba preparado, nuevamente se te ocurre romper el compromiso y mandar el novio a paseo por catorceava vez.

—Porque por catorceava vez he reflexionado—replicaba la insaciable ingenua—. Y te repito que no me casaré con ese hombre. Aquí tienes su retrato. ¿Lo ves? ¿Hay algo más estúpido que esto? ¿Tú crees que un adefesio así puede hacer feliz a mujer alguna?

—¿Pero qué pretexto inventamos para romper el compromiso?

—El que quieras. Un defecto cualquiera... que soy sorda... que amo a otro hombre... ¡Qué sé yo! Si es preciso, me casaré con otro.

—¿Con quién?

—Con el que sea... Con el primero que se presente.

La llegada del ordenanza cortó el diálogo.

—¿Qué ocurre?—preguntó Vignol.

—Un señor que desea hablarle.

—Soy yo, caballero—exclamó Letournel, que sin esperar el regreso del criado, había llegado al grupo—. Soy Letournel, el propietario de aquel yate, su vecino... accidental si usted quiere; pero vecino al fin. Vengo a saludarles.

—Agradecidísimo... Soy Juan Vignol. La señorita, mi hija.

—Me ha parecido que, como vecino, debía presentarme a uste-

des; y aquí me tienen. Si piensan permanecer en estas aguas mucho tiempo, podremos pasar juntos las vacaciones.

Lina, para quien la aparición de Letournel, con todo y su inapetente humanidad y desgarbada apariencia, venía a resolverle un problema inmediato y hasta entonces de difícil solución, se acercó insinuante y coqueta al visitante y le preguntó sin rodeo alguno:

—¿Es usted casado?

El adiposo continente del interrogado, esta vez encrespado y con la petulancia de un conquistador ya trasnochado, creyó ver en aquello locuela una férvida y repentina admiración. Y estremeciéndose con júbilo, contestó azorado:

—No, señorita, no... Bueno... verá usted... Sí... la verdad es que contraje matrimonio... pero enviudé muy pronto. Ahora soy libre.

—Pero, ¿le gustaría casarse conmigo otra vez? — interrogó mimosamente insinuante la joven.

El entusiasmo de Letournel subía de punto sin atreverse a dar crédito a lo que oía.

—¿Cómo ha dicho?

Y balbució entre temeroso y dubitativo:

—¿Si yo?... yo...

Terció de nuevo Vignol, queriendo paliar la ligereza de su hija.

—Perdone usted, caballero... Perdone a mi hija, porque está hoy un poco mal... un tanto excitada, ¿sabe?

—Sí, sí... — concedía Letournel, indeciso.

Lina avanzó, y con provocativo donaire dijo a Letournel:

—Fíjese en mí.

—Con mucho gusto. Es usted encantadora.

Lina le miró fingiendo embeleso.

—¡Qué elegante es usted, señor Letournel!

—Mi dinero me cuesta — afirmó, presuntuoso.

—¿Quiere usted andar un poquito?

—¡Lina!... — exclamó Vignol, corrido ante aquella nueva osadía de su hija.

—¿Quiere verme andar? — preguntó jubiloso Alberto —. ¿De veras quiere que ande?

—Solamente unos pasos.

Vignol se hacía de cruces contemplando los despropósitos de su hija y la simplicidad del vecino.

—¡Pero señor Letournel!... ¡Señor Letournel! — repetía.

—Es igual. No tiene importancia, señor Vignol.

—Sí; está bien — afirmó Lina, deteniéndole.

—¿Sí? — preguntó Letournel, creciendo en su fatuidad.

Y cuadrándose prometedora ante el vanidoso, le espetó tajante y sin preámbulos:

—Señor Letournel... Va a responderme con un sí o con un no... ¿Quiere usted casarse conmigo?

La concreción del interrogante dejó boquiabierto al vetusto galán que, en su emoción, no atinaba a expresarse.

—¡Oh!... Sí...

Insistió Lina:

—¿Se sentiría dichoso si fuera yo su esposa?

Esponjoso y melifluo en extremo, contestó el requerido:

—Ya lo creo... muchísimo... Sería el hombre más feliz del mundo.

—Entonces, señor Letournel; ¿quiere usted casarse conmigo?... ¿Sí o no?

—Sí; acepto.

Lina se volvió a su padre que seguía atónito la conversación de la pareja.

—¡Papá!... Me casaré con el señor Letournel.

Vignol se llevó despavorido las manos a la cabeza, y exclamó:

—¡Está loca!... ¡Está loca!...

Luego, dirigiéndose al recién llegado, prosiguió:

—¡Mi hija está loca!... Apenas lo conoce a usted y...

La joven con gran asombro de los dos, advirtió categórica a su padre:

—Ha sido él quien me lo ha propuesto... He dicho que sí y no pienso decir que no.

Sin esperar la réplica de su padre, insinuó a Letournel:

—Me gustaría saber su nombre.

—Alberto... Mi nombre es Alberto.

—¡Oh!... ¡Qué precioso!... Me gusta.

Y con un «hasta luego, Alberto», se despidió de los dos, corriendo con una decisión sólo explicable en ella, al yate de Alberto Letournel, en cuya cubierta encontró a Moreill, a quien, sin contestar siquiera a su saludo, preguntó:

—¿Es este el yate de Alberto?

—¿Cómo? — preguntó Moreill, sin explicarse la presencia allí de la joven.

—De Alberto Letournel... Del señor Letournel.

—Sí, pero no está — contestó.

—Es lo mismo — afirmó Lina.

Y sin más rodeos ni explicaciones, se dispuso a tomar posesión del bajel, hundiéndose por las escotillas para registrarlo todo sin otra autorización que la de su propia voluntad y con la consiguiente estupefacción de Moreill que no podía comprender aquel allanamiento inesperado y abusivo.

Mujer al agua

No fué culpa de Letournel que Lina llegase sola a bordo de su yate. Su irresistible deseo de seguirla se vió frenado por Vignol, que, cortándole el paso, le repetía a voz en grito que su hija estaba loca y que no se explicaba cómo Alberto podía creer en un amor tan intempestivo como desigual o inconcebible.

Y al mismo tiempo que el nuevo pretendiente que, lejos de considerarla loca, la creía una chiquilla completamente normal, aunque original un tanto, rechazaba las duras imprecaciones del padre; Moreill, en el barco próximo, intentaba contener la impetuosa acometividad de la intrusa que seguía y seguía removiéndolo todo sin detenerse en nada.

—Yo no pido a usted tantas explicaciones — continuaba diciendo Lina —. ¿Es usted el capitán? Diga usted sí o no; pero rápido.

—Soy amigo del propietario — replicaba Moreill.

—Pues ordene al capitán que ponga en marcha el buque. Zarpamos en seguida.

Y ante el estupor de Moreill, volvió a ordenar Lina:

—En seguida, en seguida. ¡Haga usted lo que le digo y lleve mi equipaje al camarote!

—¿Qué camarote?

—Al camarote de la futura señora de Letournel.

De haber estado allí Letournel hubiera oído la exclamación de Moreill que, como un eco de Vignol, repetía también:

—¡Está loca! ¡Es una loca!

Pero Alberto Letournel que no lograba desprenderse del padre, a pesar de todos sus esfuerzos, para alejarse en pos de su repentino amor, seguía negando la afirmación de Vignol que, ya desesperado al apreciar en su interlocutor tanta estulticia e inconsciencia, hubo de llamarle también loco, y viejo además.

—Loco, quizá sí; pero viejo, de

ningún modo. Y como su preciosísima hija ha pedido mi mano y yo no se la he negado, me casaré con ella — afirmó Letournel.

La indignación de Vignol subió de punto hasta el extremo de abofetear al que se prometía ser su yerno en un futuro próximo y que salió del yate, jurando que su suegro, cuando lo fuese, pagaría algún día caro aquel ultraje.

Así lo aseguró también a Moreill que, no repuesto todavía del estupor que le produjera la conducta de Lina, vió llegar a su amigo, irritado y furioso, gritando al mismo tiempo que dirigía su iracunda mirada al vecino yate que abandonaba también Vignol en seguimiento de Letournel.

—¡Es un idiota!... ¡Un salvaje!... — gritaba Alberto, refiriéndose a la agresión de Vignol.

Inmediatamente se volvió a Moreill:

—¡Oh!, Juan... ¡Qué caso tan curioso! ¡Qué interesante!... Le juro Moreill que cuando me haya casado, mi suegro me las pagará.

—Pero, explíquese — le rogaba su amigo.

—Más tarde... ¿Dónde está ella?... ¿Dónde está ella?

—Está visitando el barco — respondió Moreill, preguntando a continuación a Letournel:

—Entonces, ¿es verdad lo que cuenta?

—Sí; es verdad — afirmó Alberto.

Luego, menos convencido ya, continuó:

—Bueno... ya no lo sé...

Pero rindiéndose en seguida a la evidencia, aseveró rotundo:

—Sí; es verdad.

—Usted no la conocía, ¿no?

—No, pero he llegado, me ha visto, le he gustado y me lo ha confesado. Todo en dos minutos... Y ahora voy a hacerla mi esposa.

—No me equivoqué: ¡Está loca! — insistía Moreill.

Letournel le miró ofendido y amenazador:

—¡Oiga Moreill!... ¿Usted también quiere recibir?

—No, no... — contestó el otro, poniéndose a la defensiva.

Alberto, ansioso ya por juntarse a Lina, invitó a Moreill a que le acompañase a ir en busca de la joven.

—Ande, vamos... ¡Aprisa!...

—Está ahí — remareó Moreill, indicando con la mano una de las escotillas.

En efecto, la cabeza de Lina asomó de improviso por la escotilla, moviéndose con la jovialidad de su temperamento.

—¡Oh!... Señorita... ¿Qué hace usted ahí, señorita?

La muchacha alcanzó de un salto la cubierta y se desató como un torbellino:

—Estoy buscando la sala, el comedor, la sala de fumar, la de los oficiales, los camarotes... Eso es lo que hago... No he encontrado nada. Es demasiado complicado. ¡Oh!... ¡No!

—Lo lamento, señorita.

Esta se disponía a continuar la búsqueda iniciada y queriendo retener a la joven le decía:

—Escuche... escúcheme...; si se ha arrepentido, le devuelvo su palabra.

Quizá Letournel creyó ver en Lina una retractación al oirla decir que todo aquello era muy complicado; y de ahí que se mostrara dispuesto a devolverle su palabra de casamiento. La enérgica respuesta de ella le convenció de lo contrario.

—Sólo tengo una palabra — ratificó ella.

Alberto se dió cuenta entonces del enorme mascarón que llevaba Lina en la cara.

—Pero... ¡Oh!... ¡Qué cara más sucia se ha puesto!

—¿Eh?... Pues es claro — dijo Lina, dándose cuenta también de que tenía tiznado el rostro —; con tantas máquinas llenas de grasa que hay ahí abajo.

—Sí, desde luego — concedió Letournel.

Y volvió a insistir:

—Se lo suplico... Reflexione un poco... Yo soy... Bueno... yo no soy muy joven.

—Eso no tiene importancia — contestaba Lina, decidida a no abandonar la partida.

—Además no sabe nada de mí — argüía Letournel.

—Todo me es igual — ratificaba ella.

—Y tengo un hijo.

Sorprendida ante la nueva manifestación de su improvisado galán iba a protestar del fraude, pero se repuso en seguida:

—¿Qué edad tiene?

—No; no es muy... Es un chiquillo.

—¡Oh!... Yo adoro a los niños — contestó acariciadora —. Me ocuparé de él; lo educaré bien.

Quiso Letournel aclarar este extremo:

—No; escuche señorita, escuche...

Inútilmente pugnaba por aquietar a la jovenzuela a fin de poderse explicar, pero no había medio de contrar aquellos nervios.

—¡Ah, no, no y no! — replicaba ella con una vivacidad desconcertante —. No empiece usted como mi padre, ¿eh? Ya estoy cansada. He dicho que me casaré con usted, y me casaré con usted. ¡Vaya!

Trató de insistir Letournel, pero nuevamente su asombro ahogó sus palabras.

Repentinamente la sirena del

barco, a cuyo bordo se hallaban, anunció la partida en medio del júbilo de Lina que veía cumplido su deseo de alejarse para deshacer irremisiblemente aquella boda cuyo proyecto, por catorceava vez había ella consentido y su padre arreglado sometiéndose a la incoherente voluntad de su hija que, alentada por su atracción a lo desconocido, caía luego en la más absoluta decepción y en el más frío desencanto al apreciar en el nuevo elegido la vulgaridad y amaneramiento que en todos encontraba.

Era un alma joven e inquieta, con una aparente frivolidad, que buscaba febrilmente el amado que llenase sus anhelos de felicidad sentidos en largas noches de ensueños y románticos vésperos.

Se agarraba a Letournel como náufrago a la tabla para salir del temporal que ella misma desataba perennemente con sus ligerezas; pero con las ansias puestas en la lejanía hasta dar con el hombre singular y único que respondiera a las exigencias de su alma, virgen todavía de amores y ansiosa de cauces eternos de inefable dicha.

Tal vez Letournel que, en un momento de incomprensión y pretenciosa ufanía, se sometió sin reservas al capricho de una niña, viera ya claramente el devaneo a que le conducía su imprevisión y rápido asentimiento a la unión con una desequilibrada que aumentaba adrede, sin que él advirtiera el propósito, los desatinos de su voluntad para hacer impenetrables sus afanes y más inexplicables sus actitudes.

Palmoteando de alegría, veía Lina zarpar el yate.

—¡Oh!... —gritaba—. Es nuestro yate que parte.

Pasmado y confuso, Alberto se negaba a creer aquella realidad, puesto que él, único dueño del barco, no había dado órden de levar anclas.

—¡Mi yate!... Pero, ¿cómo es posible?... ¡No puede ser!

—Pues, claro... Si yo lo he ordenado.

Letournel no salía de su asombro.

—¡Oh! —repetía.

No fué menor la sorpresa de Morelli que, timorato, preguntaba a su amigo:

—¿Qué es lo que pasa?... Pero si se va... ¡Que se va el barco!... —decía a su amigo, como pidiéndole tomase alguna determinación.

Inquieto y perplejo, Alberto iba y venía sin resolver nada por miedo a la muchacha.

—¡Lina!... ¡Lina!... —increpaba el padre, haciendo coro a los ruidosos aspavientos de Morelli, el cual seguía gritando afligido:

—¡Que nos vamos!... ¡Que nos vamos!

Letournel, aceptando ya el hecho consumado, quiso saber al menos el rumbo con que la nave partía.

—Pero, dígame: ¿a dónde vamos?

En su regocijante aturdimiento, la muchacha contestaba:

—No sé... A la China, al Polo Norte, a América... A la deriva... Me da igual.

Para intimidarla sin duda Alberto arguyó:

—Pero... Pero, ¿y las tempestades, y las...?

—Las soportaremos—replicaba Lina.

—El barco naufragará.

—Me es lo mismo.

Morelli, atemorizado por el siniestro final que al viaje se auguraba, mostraba su aflicción.

—Pero si yo no sé nadar.

—Pues aprenda—proseguía la alborotada joven.

Letournel intentó aquietarla, apelando a su piedad.

—Escuche, Lina... Yo no puedo viajar por mar. Me mareo.

—Peor para usted. Lo creía fuerte, enérgico... No me inspiran piedad los hombres cobardes.

Picado en su amor propio, envalentonóse nuestro hombre y, como en un reto, se encaró con ella:

—¿Cómo cobarde?... ¿Ha dicho usted que soy un hombre cobarde?... Pues va usted a ver si nadando soy un hombre cobarde.

Lina le pareció ver en Letournel intención de arrojarse al agua, y en su soberbia de niña mimada que se había visto siempre obedecida, quiso evitarlo. Letournel se negó, y arrogante ella le desafió:

—No querrá usted mandarme.

—Sí—contestó Letournel, en un viril desplante.

Ante aquella falta de sometimiento a su capricho, la jovenzuela que a duras penas podía mantener en equilibrio sus nervios, perdió ya por completo la brújula y se dió a gritar desaforadamente:

—¡Socorro!... ¡Que paren el motor!... ¡Que detengan el barco!... ¡Socorro!

Alberto no quiso dar su brazo a torcer.

—No se puede parar porque sí.

En el paroxismo de la indignación, la voz de la energúmena adquiría acentos de incontenida furia.

—¿Qué se ha creído?... Soy la señorita Lina Vignol. He mandado siempre... Me he acostumbrado a mandar siempre... Soy libre y no he de dar explicaciones a nadie. Y ahora quiero bajar.

—Bueno—dijo ya Letournel, impotente ante tamaña rebeldía.

—Pero detenga el barco.

—En seguida... Espere un momento...

—Ahora... ahora mismo... ¡Quiero bajar!... ¡Quiero bajar!

Juan Vignol que conocía sobradamente a su hija para creerla capaz de dar un espectáculo y propinar a todos un disgusto con sus intemperancias, intervino suplicante:

—¡Lina!... ¡Ven!... ¡Ven!...

La alocada chiquilla, sorda a los requerimientos de su progenitor, continuaba exigiendo la inmediata detención del barco y convencida de que su orden no era fulminantemente atendida, exclamó:

—¿No quiere detener el barco?... Pues ahora verá.

Y de un salto se lanzó al espacio y zambullóse en el agua, dejando suspensos y alarmados a Letournel que la llamaba cariñosamente, y a Juan Vignol que desde cubierta suplicaba:

—Ven, hijita mía... Ven... Sube.

* * *

No engañó Alberto Letournel a su flamante prometida cuando le afirmó que tenía un hijo, aunque, en rigor, mayor en edad de lo que le había dado a entender sin duda para no denunciar la edad que él alcanzaba.

Jorge Letournel, su hijo, era ya un hombre. Estudiante aprovechado de Medicina, era la antítesis del padre. Sesudo y recto, su vida estaba consagrada por completo al trabajo.

Por eso fué más desconsoladora su sorpresa y más acerado el reproche cuando se enteró de aquel nuevo devaneo del autor de sus días y doblemente al escuchar de labios de su propio padre el descabellado compromiso adquirido con una chiquilla desenvuelta y voluntariosa.

Y así, al anticiparse Lina en el anuncio de que se casaban en el plazo de un mes, Jorge recriminó a su padre:

—¿Crees que esto es serio a tu edad?

—¿Cómo a mi edad? — repuso visiblemente indignado el padre —. Yo no soy todavía viejo... Además no importa la edad para...

—... para hacer locuras — completó la frase el estudiante.

Alberto, un tanto amoscado, le arguyó ofendido:

—Escucha, Jorge, escucha,.. El que seas alumno de Medicina no es razón para... compréndelo bien... no es razón para que juzgues la conducta de tu padre... Me debes un respeto, Jorge... la vida y un respeto... Me he batido en duelo porque me ha placido... Y voy a casarme otra vez por la razón de que también me gusta.

No se amilanó por eso el joven.

—Está muy bien—repuso—. Pero atiéndeme, papá: tiene veinte años...

—¿Quien?—preguntó el padre, haciéndose el distraído.

—Pues tú... tú...

Zaherido Alberto por la reticencia de su hijo que le pareció insultante para el objeto de su amor, quiso obligarle a la rectificación:

—¿Qué es eso de tú... tú...?

Jorge siguió irónico:

—Mi futura mamá.

—Pero no los tendrá siempre los veinte años.

—¿Y ya sabe ella que yo tengo veinticinco?

—Veinticuatro... Le dije veinticuatro—rectificó Letournel—. Para no envejecerte, ¿sabes?

Jorge celebró irónico y sonriente la cándida salida del padre.

—La he engañado... Le he dicho que eras un chiquillo.

—Demasiado desarrollado en ese caso—observó Jorge, con sorna.

El entusiasmo por su amada continuaba espoleando el ditirámbico caminar de sus elogios.

—¡Es adorable!... ¡Adorable!... Y quiere transformar toda la casa. Todo será muy moderno... ¡Estoy encantado!

Pero Jorge continuaba creyendo deber suyo no cejar en su empeño de hacerle entrar en razón.

—¿Quieres que te diga la verdad, papá? Si ella acepta ser tu mujer es que se trata de una intrigante o de una aventurera.

Análoga escena a la en que padre e hijo se combatían, se desarrollaba entre Juan Vignol y su hija.

—Es muy viejo, Lina; es muy viejo—decía Vignol.

—No tanto, papá.

—Además ha querido matar a tu padre.

—También tú le has querido matar a él.

—¿Y no te disgustará ir a su lado?

—También voy contigo y me toman por tu mujercita... Y no me enfado por eso.

—¡Qué vas a hacer, Lina!

La casa filarmónica

En el suntuoso recibimiento esperaba a los viajeros la fiel doncella de la casa con la expectación natural ante la nueva señora que había ido dándole instrucciones constantemente por correo para transformar la casa, convirtiéndola en una mansión espléndida y llena de raras sorpresas.

En el rostro de Letournel pintábase el júbilo más completo, considerándose el hombre más feliz de la tierra. Lina, radiante de belleza y optimismo, iba descubriendo los detalles del decorado y ajuar.

—Fíjate. ¡Qué preciosidad! — llamaba la atención de Letournel, mientras Moreill asentía, mostrándose también encantado.

Los acordes inesperados de un disco esparció por las habitaciones aires de fox que contribuyeron a hacer más alegre la entrada de Letournel en su casa, aun cuando no se explicaba de dónde procedía aquella música.

—Ha sido una idea mía — aclaró Lina —. Cuando se abre una puerta se oye una música.

Letournel manifestábase cada vez más complacido y anhelaba quedarse solo con ella para sumirse en el deleite de la novedad y en el amor que creía haber despertado en Lina, sin más testigos que su propio regocijo y su halagüeña esperanza.

Despidió a Moreill después de darle las gracias por haber acudido a esperarles a la estación, y entre amigo y señora cambiáronse galanterías y corteses palabras, ofreciéndose Moreill para cuanto se le considerase necesario.

—Es muy galante Moreill — dijo Lina, cuando aquél hubo desaparecido —. Sobre todo, más que otros.

Letournel recogió la alusión y dirigió una mirada interrogativa a su compañera.

—Es el único que ha esperado en la estación nuestra llegada.

—Si lo dices por Jorge, el propio Morelli ha explicado el motivo. Tenía clase en la Facultad.

Lina, aparentando una indiferencia que no sentía, volvió a interesarse por su nueva casa.

—¡Es un encanto! Así había soñado yo mi casa.

—Demasiado moderna. No falta detalle. Es decir, quizá sí. ¿Por qué no hiciste construir una piscina en esta rotonda?

—Pensé en ello... pero supuse que no sería muy del gusto de nuestras visitas entrar nadando a vernos — dijo Lina, contestando así a la ironía que creyó ver en la pregunta de Alberto.

—La casa, desde luego, es una verdadera maravilla — seguía exclamando Letournel a medida que iba recorriendo las habitaciones, seguido de la autora e inspiradora de aquel nido, sino de amores, por lo menos de rarezas y aberraciones —. Me da la impresión de que me he equivocado de casa.

En efecto, más que una morada destinada a albergar seres normales y familias urbanas, parecía aquella casa una mansión inspirada por la más arbitraria imaginación. Nada había en ella ni en muebles ni en decorado que estuviese a juego con el uso a que se destinaba la habitación.

De ahí, las constantes preguntas de Letournel y sus continuas sorpresas cuando, creyendo, por ejemplo, que se hallaba en el cuarto de baño, era advertido por Lina de que estaba en el comedor.

El desconcertante mobiliario y original atuendo iba llenando de confusiones el cerebro de Alberto que ya crispados los nervios y alterados por el constante sonsonete de una música vulgar y populachera, preguntó el medio de apagarla.

—¿Para no oírla?... ¡Ah!... Pues no hay más que cerrar una puerta — contestó Lina.

Letournel buscó con los ojos la puerta y no acertando la que pudiera ser, preguntó:

—¿Cuál?

Despreocupada como de costumbre, la joven alzó los hombros indiferente.

—¡Ah!... No sé... Ya la encontraremos.

Llegaron al salón. Su extraño e inadecuado atuendo, cuajado de plantas exóticas y de rarezas de toda laya, llamó poderosamente la atención de Alberto.

—¡Dígame!... Esta habitación ¿qué quiere ser?... ¿El invernadero?

Lina, extrañada por la pregunta, replicó:

—¿No ve usted que es el salón?

La boca de Letournel se abrió en asombro y con escrutadores ojos fué buscando por todas partes el

detalle que le convenciera de que realmente aquello podía ser un salón.

Desde la habitación inmediata le llamó la excéntrica.

—¡Alberto!... Venga en seguida.

Acudió presuroso a la llamada y quedó admirado de lo que se presentaba ante su vista.

—¿Qué es esto?... No, no me lo diga—la retuvo como queriendo adivinar—. Esto es el guardarropa.

Pero rectificó en seguida.

—No; es el cuarto de baño, ¿verdad?

—Pero si es el comedor—observó ella.

La mesa en el centro, rectangular y enorme, se destacaba en la suntuosidad de sus galas. Alrededor de ella, las sillas. Alberto quiso experimentar por sí mismo si eran blandas y cómodas. Tomó asiento en una.

—¡Oh!, ¡qué dura!... Debe ser para los invitados.

Se puso en pie rápidamente y continuó el examen, tropezando con una puerta que cerró, cesando inmediatamente la música. Infantilmente orgulloso de su descubrimiento, exclamó en el colmo del regocijo:

—¡Lina!... ¡Lina!... He encontrado la puerta... La puerta que hace cesar la música.

En el cuarto de Jorge se detuvieron brevemente. Nada en él se había transformado. Su modestia y abandonado descuido escandalizaron a la nueva dueña de la morada.

—Está hecho un asco... Fíjese; ¡qué desorden y cuanto polvo!

La habitación contigua era la alcoba. Alberto preguntó por la cama y Lina le contestó que estaba detrás del cortinaje.

Letournel abrió el cortinaje y apareció ante su vista una enorme cama, lujosa y modernamente vestida, a la que hubo de saltar por entre un jardín de artificio que en torno del lecho se extendía aromoso y florido.

—La cama es cómoda—exclamó al sentarse en ella.

—Y además divertida—agregó la joven apretando un resorte que hizo dar vertiginosas vueltas al lecho con gran regocijo de Alberto y confusión de Jorge que acababa de entrar en el dormitorio y contemplaba con pena a su padre convertido en títere de una chiquilla irresponsable y casquivana.

Cesó el jolgorio ante el severo rostro de Jorge que, dirigiéndose a Lina, la saludó con ironía:

—Buenos días, mamá... — Supongo que habrán tenido un viaje feliz.

—Felicísimo—hijo mío.

—Perdone que no haya ido a recibirle a la estación. Tuve que

asistir a clase... Y tú, papá: ¿Estás bien de salud?

—Excelente — contestó —. Y además contentísimo. La casa es una maravilla... ¡Hasta música!

—Sí, sí; muy divertido... ¡Todo muy divertido! Y a propósito, he recibido la factura del mueblista que incluye también la del decorador.

E intencionadamente prosiguió:

—No le he dicho que pase aún para no disgustaros en vuestra luna de miel.

Dirigió a su madrastra una mirada indefinible. Ella le miró también misteriosamente.

—Os dejo — terminó Jorge —. Perdonad. Hasta luego.

—Hasta luego, hijo mío — contestó Lina.

—Voy a trabajar.

—Buena suerte... — le deseó la madrastra, con sorna, que quería ser cortés despedida.

Jorge salió de allí, dejando a su padre con su prometida, que no pudo por menos de mostrar su contrariedad por la impertinencia que había creído apreciar en el joven, al presentarse con la factura del mueblista.

—¿Se ha dado usted cuenta?... Nos recuerda la factura para enemistarnos.

Letournel rechazó vivamente la imputación.

—No, no... Le aseguro, Lina, que Jorge es incapaz de...

En apoyo de su aserto, la muchacha observó:

—Incluso ha olvidado preguntarnos dónde hemos ido... Si está usted bien... si nos hemos divertido...

—Es que... — titubeó Alberto —. Yo lo conozco. Se trata sólo de discreción.

No se dejó convencer ella, y proponiéndose corresponder en lo sucesivo al proceder de aquél, sentenció:

—Bueno... Cada cual tendrá el trato que se merece.

Pero no dando él importancia al incidente o tal vez en su deseo de desviar la conversación, tornó a ocuparse en los menesteres del alojamiento.

—Y a propósito, Lina... ¿dónde quiere que pongan mis trajes, mi equipaje?

La pregunta pareció sorprender a la joven.

—¿Qué ha dicho?

Y afectando completa indiferencia, alzó los hombros:

—Llévelos donde quiera.

Luego, contundente en extremo, afirmó:

—Usted es sólo mi marido aparentemente. Recuerde que aceptó mis condiciones.

Quiso aclarar Letournel:

—Alto, Lina... Usted me pidió

que ante todos pasáramos por marido y mujer. Yo acepté, pero con la esperanza de que algún día accediera a ser mi esposa.

Ante un gesto negativo de Lina, insistió él.

—Un momento... Se lo suplico. Hablemos como amigos. Hicimos creer a todos que nos habíamos casado en secreto... Pero algún día debe terminar el contrato y casarnos. No pensará usted permanecer soltera eternamente.

No se avino ella a dar total asentimiento a las aspiraciones del impaciente enamorado, y quiso llamarle a capítulo.

—Escuche, Alberto: Seamos justos. Usted aspira a casarse conmigo...

—¡No, no! Perdone: Fué usted quien quiso casarse conmigo...

Los repetidos movimientos negativos de su interlocutora le exasperaron visiblemente.

—¿Cómo?... Pero si usted me pidió...

Más reflexivo y circunspecto luego, aclaró:

—Bueno, es decir: usted reparó en mí, me escogió, me pidió en matrimonio.

—Pero con condiciones—replicó ella con viveza.

—¡Ah, no; perdón! Fué el flechazo más rápido que se ha visto.

—No estamos de acuerdo.

La ingenua simplicidad de Letournel crecía de sorpresa en asombro.

—Yo quisiera saber por qué me escogió usted en el yate.

—Pues, sencillamente, para no casarme con el novio que mi padre me había reservado.

La respuesta le abrumó decepcionante.

—¡Qué delicia!—exclamó, insistiendo a continuación—. Usted me propuso que figurásemos como casados.

—Eso acordamos.

Pero inmediatamente, apreciando Lina el desencanto reflejado en el rostro de su amigo, y temiendo que el desengaño llevara a Letournel a dar por terminada la ficción iniciada y que tan bien servía a sus fines, se creyó en el caso de no matar del todo su esperanza.

—Hoy es usted mi amigo, mi gran amigo... Más tarde... ya veremos... Quizá me decida a casarme.

No le satisfizo la velada promesa que de tales palabras se derivaba y protestó:

—No, no... Decididamente, esta situación es absolutamente inadmisible... No crea que voy a resignarme a seguir pasando por su esposo perennemente.

—Pero, ¿qué situación?—replicó la inquieta joven.

Alberto la escuchaba asombrado.

—¿Cómo qué situación? La que

usted ha creado con su patraña.

—¿Ah, sí?

—Naturalmente... Y sería desagradable que la servidumbre, Jorge, Morelli, los amigos y todo el mundo se enterara de...

Reprimiéndose como si no se atreviera a deslizar el calificativo que le salió a flor de labios, pulió el concepto, y continuó:

—Bueno; de esto... de nuestro convenio... La verdad... de este acuerdo insensato.

—Nadie se enterará si usted no lo dice.

Convencido por fin de que no había medio de llevarla a nueva concreción, abordó el asunto resueltamente:

—¿Así usted no me da ni siquiera esperanzas?

—¡No! — contestó secamente Lina.

—Pues yo no renuncio. Nos casaremos.

Aún le faltaba escuchar la nueva pretensión que dulcemente dejó ella escapar envuelta en ruegos:

—Ya veremos... Pero ahora, sea usted galante conmigo... Pórtese con mucha consideración y váyase a vivir a otra parte.

La nueva exigencia, aunque dulcificada por la súplica, le dejó pasmado.

—¡Es para suicidarse! ¿Y a dónde voy yo, dígame?

—¡Ah! No sé —contestó con la mayor indiferencia.

Después, como asaltada por repentina idea, prosiguió:

—¿Por qué no va a vivir a la habitación de su hijo?

—Y él, entonces, ¿dónde estudiará?

—Puede alquilar un cuarto.

Y como si la solución que daba la creyese acertada y sin reparo que oponer, confirmó así su propuesta.

—Yo creo que eso es lo mejor. ¿Qué le parece a usted? Y créame: será mejor que su hijo no esté aquí. Podría darse cuenta algún día de lo que hemos convenido.

Y vendiéndole encima el favor, terminó diciendo:

—Yo sólo pienso en su situación.

Abrió embobado Letournel la boca, arqueó las cejas maravillado de la lógica de su rebelde prometida y vencido a la artimaña, concluyó accediendo:

—Es verdad... Como siempre, tiene usted razón.

* * *

Esclavo, como de costumbre, de los caprichos de Lina, decidido y rápido se dirigió Letournel a la habitación de su hijo.

Encontró a Jorge trabajando y

tomando apuntes entre un rimero de libros y textos de consulta. Se preparaba para el examen de fin de curso y reválida.

El estudiante volvió la cabeza y saludando a su padre, persistió en su trabajo.

—¿Estás trabajando?—le preguntó el padre.

—Me examino de aquí a un mes.

Antes de entrar en materia para exponer sus deseos, Letournel creyó más adecuado, acudir a la adulación:

—¡Qué bien! ¡Magnífico!... Vas a ser doctor... ¡El doctor Jorge Letournel! ¡Mi hijo! Mi hijo predilecto.

Jorge se creyó en el caso de llamar su atención.

—Soy tu único hijo, ¿no?

Letournel reconoció su redundancia:

—Sí; tienes razón... ¿Y cuál va a ser la especialidad?

—Psiquiatra. Enfermedades nerviosas.

—¡Muy bien! ¡Muy bien! —aprobó el padre.

Dudó breves momentos como si no encontrase la forma de iniciar el tema que le había conducido a ver a su hijo.

—¡Jorge!... Verás. Hablemos de otra cosa.

Le pareció más práctico aclarar un poco su propósito, y aludió a su viaje de boda.

—¿Es que no vas a preguntarme cómo me ha ido el viaje?... Te aseguro que ha sido un viaje magnífico, delicioso... Estoy emocionado de tanta felicidad... Esa mujercita es enorme... ¡un encanto!... ¡Tiene tanta bondad!... ¡Tanta dulzura!...

Iba a continuar el elogio. Jorge le cerró el paso, preguntándole bruscamente:

—¿Quieres mi opinión acerca de ella?

Adivinó la penosa impresión que su interrogante le había producido, y le advirtió:

—Pues no insistas.

Consternado, Alberto, lamentóse amargamente:

—Jorge; veo que no quieres a tu buena madre.

—No tengo por qué quererla—repuso.

Quiso Letournel convencerle de lo contrario.

—Estás en un error, Jorge. Si tú la conocieses como yo la conozco, te arrepentirías de hablar así.

—¿Oh, sí?—dijo irónicamente el estudiante.

—Mira: cada vez que habla de ti es para defenderte.

—Será que tú me atacas.

—De ningún modo—replicó el padre—. Pero ahora hemos tenido una pequeña discusión por tu culpa y, para que veas, ella ha

sido la que ha salido en tu defensa.

—Se lo agradezco mucho.

Advirtió Letournel la sorna con que su hijo se expresaba y ratificó su aseveración:

—Puedes estar convencido.

Con maliciosa curiosidad interrogó el hijo:

—Y dime: ¿de qué tratábais?

—¡Oh, nada! —prosiguió candorosamente el padre —. Una tontería. Lina ha visto tu habitación y ha quedado sorprendida. Le ha disgustado que hayas de trabajar entre este desorden tan terrible, y me lo ha reprochado. ¿Cómo?, me ha dicho indignada. Tienes un hijo ya mayor, que es un hombre; que va a ser doctor, ¿y permites que estudie en esta habitación en lugar de ofrecerle una buena y confortable estancia?

—Puedes decirle que estoy muy a gusto en ella.

—Ya se lo he dicho y que es la que tenías cuando eras pequeño, y por eso te evoca muchos recuerdos.

—¿Y no la has convencido?

—Al contrario. Me ha llamado egoísta, añadiendo que tú necesitas más libertad y que si por discreción no lo pedías, era yo quien debía hacerlo espontáneamente.

—¿Y tú qué has respondido?

—Le he dado la razón, porque he comprendido en seguida que estaba en lo cierto.

—¡Sí que has tardado en comprenderlo! — observó maliciosamente el joven.

—Sí, no se me había ocurrido antes... Y estoy dispuesto... Le he asegurado que estaba dispuesto a proporcionarte un buen estudio para que puedas trabajar tranquilamente.

Jorge, advirtiendo ya claramente que el fin que perseguía su madrastra no era otro que el de alejarle de casa, resumió escuetamente:

—Ha sido muy amable tu esposa. Y puedes comunicarle que me marcharé en seguida.

Después, mirando a su padre con marcada intención, preguntó:

—¿Y qué vais a hacer de esta habitación?

—Será la mía.

—¡Ah!... Queréis dos habitaciones: una para ti y otra para tu mujer, ¿no es eso?

Tímidamente, al ver su juego descubierto — balbució Alberto:

—Ya verás... Lina cree que es más elegante... más...

—Sí, más moderno — añadió Jorge.

—En efecto, eso ha dicho.

El estudiante, rompiendo ya todo disimulo, terminó el sutil diálogo.

—Comprendo... Comprendo que deseando dos habitaciones, tu mujer haya inventado esa historia del estudio para... para deshacerse de mí.

Jorge abandonó su asiento, y se dispuso a salir.

—¿Dónde vas?

—Voy a alquilar un estudio.

—¿Estás enfadado conmigo?

—¡No, no! —contestó, despectivo, Jorge.

Y salió cerrando tras sí la puerta y dejando a Lelournel un tanto apesadumbrado por la contrariedad que había causado a su hijo; pero no menos satisfecho por haber logrado llevar a cabo pleno y felizmente otro de los muchos caprichos de su voluntariosa amiga.

El doctor Jorge Letournel

El despacho del doctor Jorge Letournel, convertido ya en consultorio de enfermedades nerviosas, se había montado en una lujosa casa de uno de los barrios más elegantes de París y su nombre iba adquiriendo ya fama y respeto.

Amante de su ciencia, se entregaba a ella con todo el ardor de su juventud y la devoción de su entusiasmo, pero por muchas horas que le ocupase el estudio y las atenciones de su profesión, no por ello descuidaba sus deberes filiales, entre los cuales consideraba como primordial y casi único a la sazón, el sostenimiento del buen nombre de su padre puesto en tela de juicio por las veleidades y caprichos de una niña desenvuelta y ligera.

No es que creyese maldad alguna en ella. Al contrario, había apreciado siempre en la joven a través de sus dislates e intemperancias, un fondo de arraigada virtud que rectamente guiado podía hacer de ella una mujer cabal y capaz de llevar la felicidad al hogar más exigente.

Pero la incomprensión o, mejor aún, el cálculo inmoderado de los que a diario le asediaban rindiendo culto de amistad a Letournel, podían llenar de sombras una honestidad que servida por un genio alegre y sin malicia, no se detenía a medir el alcance de sus diversiones y distracciones.

Morelli sobre todo con la capa de su estrecha amistad, que le unía, desde muchos años, con Alberto, explotaba las veleidades de la ingenua, animándola constantemente a recorrer en su compañía elegantes dancings y restaurantes de moda entre jolgorios y alegres expansiones.

No andaba, sin embargo, la salud de Morelli muy a tono con sus correrías de hombre mundano, y

más de una vez hubieron de ponerle en cuidado prematuros achaques.

Aquejado de uno de ellos y habida cuenta de la fama que iba conquistando Jorge Letournel y la amistad que con su padre le unía, acudió en consulta al joven doctor.

Auscultándole estaba Jorge y con el oído pegado a la espalda del enfermo que le obligaba a repetir treinta y tres... treinta y tres... treinta y tres... escrutando sus bronquios y pulmones, cuando apareció por el fondo la enfermera.

Olvidó Moreill, a la vista de la belleza de la ayudanta, el cuidado que allí le había llevado, y sin parar mientes a la atención con que el médico le auscultaba, observó:

—Es preciosa su enfermera... ¡Qué bonita!

Jorge, sin escucharle siquiera, continuó el examen, ordenándole:

—Respire, respire fuerte.

Prolongó la observación unos momentos, al cabo de los cuales se enfrentó con Moreill, dispuesto a dar a la consulta el giro que se proponía y que no era otro que refrenar sus francachelas y diversiones en lo que se relacionase con Lina.

—Sale usted demasiado, amigo Moreill.

—¿Que salgo demasiado?—preguntó aquél sorprendido.

—Eso es: demasiado.

En su preocupación por el enfermo y más que nada por la idea de abordar resueltamente una cuestión que le venía teniendo intranquilo, Jorge había olvidado la presencia allí de su dependienta que se creyó en el caso de advertir al jefe:

—¡Doctor!...

No fué más explícita la enfermera, pero bastó la leve y silenciosa indicación que le hizo, sin que Moreill se apercibiera, para comprender Jorge de qué se trataba.

Suspendió la consulta.

—Perdone usted, amigo Moreill. Es algo importante. Unos minutos tan sólo.

Salió a la antesala y se avistó con el joven que le esperaba. El porte de éste, la nerviosidad de sus movimientos, y su locuacidad y viveza denunciaban claramente la función detectivesca que ejercía y que allí le llevaba.

—Diga...—le exhortó Jorge con impaciencia.

—Es la relación de la vida del 744 durante estos últimos días.

—Le escucho—añadió el doctor con creciente curiosidad.

El detective quiso, antes de pasar adelante, convencerse de que

su cliente estaba satisfecho de su trabajo y dijo:

—Espero que durante los tres meses que me encargara vigilara al 744, habrá usted quedado satisfecho de...

Vivamente le interrumpió Jorge.

—Sí, sí... Deme los detalles.

—¿Le molesto, acaso?

—No; pero tengo prisa.

El detective le mostró una fotografía, diciendo:

—La hice en el bosque... Sale mucho con este señor.

En la foto, tomada desde el bosque, se veía a Lina, sobre la carretera, montada en una bicicleta, junto a otra en que iba Morelli, que en aquel momento y mientras el detective y el doctor se explayaban, esperaba en el consultorio sentado, a cuerpo de camisa y repitiendo maquinalmente treinta y tres... treinta y tres... treinta y tres..., sin olvidar por ello la agradable impresión que le había causado el sugestivo talante de la enfermera.

—También sale con ese otro señor gordo — añadió ante una segunda fotografía—. Y se comporta con él con la mayor libertad. No se comprende que con aquella facha pueda hacerle caso.

—Es mi padre, caballero — le advirtió seriamente el doctor.

El detective vió la plancha y quiso enmendarla.

—Pero es muy distinguido... muy señor...

—Muchas gracias — contestó Jorge con sequedad.

—¿Debo continuar?

—Ahora más que nunca. Y continúe inmediatamente; pero con precaución.

El detective visiblemente molesto en su dignidad profesional, se permitió observarle.

—Soy detective, sabe usted...

Despedido el visitante, volvió Jorge a su despacho, y dirigiéndose al cliente le dijo:

—Bueno...; podemos continuar señor Morelli.

En resumen, doctor, preguntó éste: ¿no está usted contento de mí?

—No mucho... Se divierte usted demasiado, amigo Morelli. Sale demasiado... Ya se lo he dicho.

Y acentuando mucho sus palabras y en un tono que quería ser amonestación subrayó:

—Sale demasiado... con mi madrastra.

—¿Con... con... con... Lina?— titubeó, receloso Morelli.

—Para mí es mi madrastra; para usted sólo puede ser la esposa de Alberto Letournel.

Quiso hacerse de nuevas Morelli.

—Doctor... No le... No le comprendo, doctor.

—¿No me comprende? Pues no es tan difícil.

Cada vez más azorado, Morell no acertaba a salir del paso y repetía nerviosamente:

—Mi querido... mi querido amigo... mi querido doctor.

Rotundo y enérgico continuó Jorge:

—Ya que usted no lo entiende, voy a explicárselo. Desde hace cuatro meses que mi padre ha vuelto de su viaje de boda, no ha dejado usted tranquila a mi madrasta con su asiduidad.

Morell se percató de la agresividad de Jorge e intentó negar:

—Yo... yo no he...

Jorge afirmó concluyente:

—Sí, usted, usted... No disimule. ¡Y ya estoy cansado! ¿Comprende? Si a mi padre no le dan tiempo sus ocupaciones para acompañar a su esposa, no quiero que usted se ocupe de ella. ¡Eso es todo!

Quiso Morell justificar su conducta y excusarse:

—Veo que tiene usted de mí una opinión muy distinta de la que tenía anteriormente... ¡Es lástima que haya cambiado, doctor!

—Y usted no ha cambiado... ¡También es lástima!

Cortó Jorge la entrevista y llamó a la enfermera para que acompañase a Morell a la puerta.

—Está muy bien, doctor—dijo, corrido, Morell, siguiendo a la dependienta.

—Y telefonee a mi padre que esta noche iré a cenar a su casa—ordenó Jorge a la joven.

—Ahora mismo—dijo la enfermera al salir, mientras el doctor se disponía a continuar sus consultas.

* * *

Hacía ya días que Jorge no había vuelto por casa de su padre. El desorden que en todo allí reinaba y las frivolidades de su madrastra, más atenta a cuanto fuera diversión que a los cuidados domésticos, eran el pretexto con que él mismo quería engañarse para borrar pensamientos que, aunque fugaces, le asaltaron incitantes y atormentadores en más de una ocasión al tropezar con la mirada indefinible e indescifrable de su madrastra.

Pero las cosas iban tomando un rumbo que él, celoso de la felicidad y del honor de su padre, no podía dejar continuar, aun a trueque de enfrentarse con su madrastra, cuya manifiesta hostilidad, tal vez estudiada, le tenía contrariado y en perpetuo disgusto.

Como había anunciado por teléfono, se presentó a la hora de la cena, en el preciso momento en que Alberto buscaba sus tiran-

tes, que no encontraba por ningún lado, y Lina, su bolso, para acabar de vestirse y salir a cenar fuera de casa.

—Buenas noches, Luisa—dijo Jorge al entrar y encontrarse con la doncella—. Han telefoneado que vendría yo a cenar, ¿no?

—Sí... no...—titubeó la doncella.

—Bueno..., ¿qué? ¿Sí o no?

—Sí, señor; sí, pero...

En aquel momento apareció Lina, vestida de calle y en disposición de salir.

—Perdón, mamá. He venido a recordarles que cenaré esta noche con ustedes. ¿Le agrada?

—Puede hacer usted lo que guste; pero le advierto que yo no ceno en casa.

—¿Sale usted, mamá?

—Ya le he dicho que no me llame usted así. Es ridículo. Ni soy yo su madre ni usted es mi hijo.

—Pero es usted la esposa de mi padre.

—Pues aunque lo fuera o aunque lo sea... De todos modos, hoy no cenaré en casa. Tengo que salir.

—Al mismo tiempo quería hablar con ustedes de cosas importantes—continuó, imperturbable, Jorge.

—Sobradamente sé cuáles son esas cosas tan importantes. Son las mismas de que ha hablado usted esta tarde a Moreill, ¿verdad? — Y se dispuso a marchar.

Ofendido Jorge y encendidos en cólera sus ojos, le cerró el paso.

—¡Lina!... Le prohibo que salga.

—¿Con qué derecho?—preguntó la joven siguiendo en su intento de avanzar.

—No saldrá usted, Lina.

—Eso lo veremos... ¡Grosero!

Y retrocedió airada, ante la llegada de Letourneí y Moreill.

—¡Caramba!—exclamó Alberto—. Mi hijo, el doctor... ¿Cómo estás?

—Muy mal—contestó, agriamente, Jorge.

—Pues consúltate contigo mismo y haxte una buena receta.

—Mi salud es excelente, papá.

—Entonces es que estás malhumorado. Dime... dime..., ¿qué te pasa?

—Desearía que saliese Moreill.

—Si estorbo—replicó Moreill.

—Sí, señor—repuso Jorge.

—Esperaré, pues, en el salón.

—Es inútil que espere. Usted no saldrá con ellos esta noche... Acuérdese de lo que le tengo dicho.

—No lo olvido—murmuró, marchando rápidamente.

—No eres justo con Moreill. Es un buen amigo. Tú no lo conoces.

—Estás ciego, papá.

—Pues yo te veo a ti muy claro.

—Está visto que no se puede hablar contigo seriamente... Pero

Pero... ¡Oh!... ¡Qué cara más sucia se ha puesto!

—¿No quiere detener el barco?... Pues ahora verá.

—Es muy galante Morell—dijo Lina, cuando aquél hubo desaparecido—. Sobre todo, más que otros.

Usted es solo mi marido aparentemente. Recuerde que aceptó mis condiciones.

—Bravo, la felicito y... la odiaré.

—Lina: le prohibo que salga

—Es inútil que espere... Acuérdese de lo que le tengo dicho.

—Es el corazón lo que me duele.

algún día puede que te pese. Buenas noches.

Jorge abandonó la estancia, dejando atónito a Letournel que no podía explicarse la original conducta de su hijo.

* * *

Desayunó solo como de costumbre, aun cuando le contrariase mucho el aislamiento en que siempre le dejaba su fingida esposa.

Aquella mañana, además, estaba intranquilo. Esperaba una respuesta de Lina y, conociendo su carácter, no se prometía resultado positivo alguno.

Por eso cuando se presentó Luisa, a quien impaciente esperaba Alberto, preguntóle ansioso:

—¿Qué, se ha levantado ya?

—Hace un momento.

—¿Le ha dado usted mi encargo?

—Sí, señor; tal como usted ha ordenado.

—¿Y qué ha contestado?

—Como siempre. Me ha mirado y ha dicho: ¡Ah!

—¿No se ha mostrado sorprendida?

—Sí, señor.

—¿Y no ha roto nada?

—Nada.

—Menos mal.

Alberto, después de recogida la impresión que del estado de ánimo de Lina le dió la doncella, y confiando que podía hablarle sin temor a una de tantas trifulcas matinales, se aciciló ligeramente, y rápido dirigióse a la habitación de su amiga, y llamó en la puerta con los artejos.

—Adelante —gritó Lina.

Se abrió la puerta y entró Letournel, sonriente y amable.

—Buenos días, amigo mío —prosiguió Lina.

—¿Ha dormido usted bien?— preguntó, afablemente, Alberto.

—Perfectamente.

Como todas las mañanas, al encontrarse ambos a la hora del desayuno, y al cambiar impresiones sobre la jornada del día anterior, se comunicaban mutuamente episodios y detalles, que comentaban alegremente, ocultando a veces ella ocurrencias que aunque sólo originasen honestos desenfados, podrían ser interpretados de modo muy distinto por la malicia y el recelo.

Aquella mañana, sin embargo, no estaban los ánimos de uno y otro en situación de solazarse en sus explicaciones. Letournel, sobre todo, se sentía preocupado porque las desenvolturas de Lina llegaban a extremos, a veces, que daban lugar a murmuraciones y juicios poco halagüeños para la conducta de la que todos creían su esposa.

Había estado ella la noche anterior en el cine con sus amigas. El, en cambio, se aburrió en la ópera, donde pasó la velada hablando de negocios con sus colegas.

Lina, aprovechando la coyuntura que se le presentaba, preguntó irónicamente y como un reproche:

—¿Y no explicó usted a sus amigos nuestra situación?

—Ni pensarlo —contestó Letournel—. Prometí a usted secreto absoluto.

—Tan absoluto, que no ha vacilado usted en dar esta mañana a Luisa su encargo.

—¿Qué encargo?

—El mismo de que viene a hablarme ahora... Su tema de siempre... No me explico...

—¿Qué no se explica?

—Recuerde que no es usted mi marido.

—¡Siempre la misma observación! —murmuró, con pena, Letournel.

—Naturalmente.

—Y jamás una esperanza.

—¿Una esperanza?

—Se burla usted de mí.

—No lo hago; pero se lo merece.

—¡No, Lina, no!

—¿Por qué han de enterarse los sirvientes de lo que a nosotros solamente incumbe?

—No es mía la culpa —afirmó él, compungido—. Luisa nos oyó un día... Es muy discreta. No tema usted. Guardará el secreto. Se lo aseguro.

—Y, además, ¿qué pretende usted de mí? Si es verdad que salgo, que me divierto; pero siempre honestamente.

—Pero podríamos salir juntos con más frecuencia.

—¡Nuestro pacto bien concreto y terminante fué!

—Porque usted me lo impuso.

—Y usted aceptó... Ya sabe cómo quedamos... Libertad absoluta cada uno. La mía, limitada sólo por la honestidad y el recato; pero sin sujeción ni ingerencias de ninguna clase.

—Todo muy cierto, Lina. Pero su conducta me disgusta... me apena. ¡Sufro, sí! Sufro lo que usted no puede imaginarse... Es usted una mujer glacial que no repara en torturar mi corazón, como lo torturaron anoche estas fotografías.

—¿Qué fotografías?—preguntó Lina, arrebatándolas de manos de Alberto y fijando en ellas sus ojos furiosos y sorprendidos—. ¡Sí, soy yo!...

—¿Y con Moreill en una excursión en bicicleta por el bosque?

—¿Quién fué el cretino que osó tomarlas?—exclamó furibunda—. Conteste inmediatamente... Quiero saberlo.

—No puedo descubrir al autor. Sería traidora indiscreción en mi decirle que quien me las entregó anoche viene aquí a menudo, ejerce una profesión liberal y es una J. la inicial de su nombre.

—¡Su hijo!... ¡Siempre él! —murmuró entre dientes Lina, complacida y apenada al mismo tiempo.

Reaccionó en seguida, y cambiando airada de tono, prorrumpió:

—Le aseguro que le pesará. ¡Ese me la paga!

—No, Lina — suplicó Letournel —. Todo en mi hijo es buena voluntad. Aspira que seamos felices, creyendo firmemente que estamos casados.

—Es insoportable.

—¿Quién?

—El; su hijo... ¡Ese monstruo! No puedo más... ¡No puedo más! De haberlo conocido antes no hubiera hecho pacto alguno con usted.

—Pero...

—¿Y va usted todavía a defenderlo?... Salga de aquí ahora mismo... No quiero verle... No quiero ver a nadie. ¡A nadie!

Acobardado Letournel, y conociendo los violentos arrebatos de la muchacha, bajó pesaroso la cabeza y salió de la estancia cariacontecido y humilde.

La indignación de Lina ante la acción de Jorge, que la consideraba descarada e innoble, dejóla perpleja y jurándose que a tal conducta daría ejemplar respuesta.

No obstante, y a pesar del desagrado con que la veía, vislumbraba en la actitud de Jorge un inusitado interés por ella, sospechando que tal proceder obedecía a móviles más hondos que los que aparentemente en él se reflejaban.

Sonrió halagada y se propuso descubrir la oculta verdad del propósito que creyó hermanado con los inciertos indicios que sentía ella también fulminar en el aleteo de sus aspiraciones más secretas.

Hijo y madrastra

Con la irritación pintada en el semblante y con la incontenida vivacidad de su temperamento, autoritario e irreflexivo, irrumpió Lina en el despacho de Jorge y se encaró con él, descompuesta y frenética:

—Su padre duda de mí... Y es usted... Sólo usted quien lo pone en contra mía.

—¿Yo?—preguntó Jorge, mostrando profunda sorpresa.

—Sí; usted me detesta.

—Al contrario.

—No lo niegue.

—Mi cariño es sincero, mamá.

—No mienta usted.

—De veras. Se lo juro.

—Entonces, ¿por qué me espía de ese modo?

—Por respeto filial.

—Respeto filial que hace de mi vida un martirio.

—Usted exagera, mamá.

—No, me he convencido. Todo lo que hace usted contra mí está inspirado por el odio.

—Se equivoca... La felicidad de mi padre es lo único que me preocupa.

—No hace usted más que hablar de la felicidad de Letournel.

—Y la defiendo.

—Pagando a un hombre para que me persiga, ¿verdad? ¡Eso es cobarde! ¡Canalla!

El insulto de Lina no logró turbar la serenidad de Jorge que continuó impertérrito.

—¿Preferiría usted que fuese yo mismo quien la espiase?...

—Ni usted ni nadie. Soy muy libre de hacer lo que me venga en gana.

—También a mí me gustaría espiar a usted personalmente; pero mi trabajo me impide seguirla en sus ridículas andanzas y travesuras.

—¡Muy bien!... Esto quiere decir que soy la madrastra de un tirano.

—Y yo el hijastro de una desequilibrada.

—Si yo la venero, mamá... Pero, ¡son tantas ya sus locuras!...

—¿También loca?—exclamó fuera de sí.

—No estoy seguro... Pero esta visita tan... cortés que usted me hace en este momento, no iré yo a devolvérsela, sino al profesor Doutrecourt.

—¿Y quién es ese señor?

—Mi maestro... el mejor alienista de París.

La exaltación de Lina llegó a su colmo y, crispados los nervios, sin poderlos contener, rugió más que gritó.

—¿De modo que sigue usted creyendo que estoy loca?

—Sí—contestó rotundo Jorge.

—¿Cómo?

—He dicho que sí.

Se abrió la puerta y, dirigiéndose al doctor, anunció la enfermera que la señora Lairiguete pedía por teléfono se le reservase hora para el siguiente día. Ordenó Jorge que lo anotase y continuó la dependienta:

—Ha telefoneado también el señor Venillier. Dice que el estado de su esposa le inquieta. Le parece que su locura se agrava.

—¿Síntomas?—inquirió el galeno.

—Dice que grita, que se exalta, que lo tira todo.

—La señora Venillier—recalcó Jorge, mirando de soslayo a su madrastra—llegará a sufrir una locura incurable.

Después, volviéndose tranquilamente a Lina, le llamó la atención remarcando mucho sus palabras:

—...Y sus síntomas se parecen extraordinariamente a los de usted, mamá.

Quizá por cálculo; pero también posiblemente impresionada por el caso inminente de locura que se le acabó de anunciar, moderó de súbito la agresiva y retadora actitud con que había llegado al estudio, y mansa y comprensiva en apariencia, prometió al doctor:

—Sabré contenerme.

—Lo celebro—contestó Jorge.

—...Pero continuaré saliendo.

—No.

—Saldré.

—He dicho que no.

—Y a todas partes.

—¡Cuidado!—gritó Jorge entre amenazador y suplicante.

La mirada de Lina llegó hasta Jorge, altiva, retadora y visiblemente irónica. Sostuvo él la mirada inconmovible; pero sintiendo en sus adentros el cosquilleo de un secreto sentir que venía atormentándole en el insomnio de sus noches sin lograr percibir ni el alcance de sus afanes ni el ideal de sus agridulces pensares.

Fué sólo un relámpago que no

logró conmover su rostro, porque el movimiento espontáneo de su madrastra resolvió la situación en una carcajada tan ruidosa como inesperada.

—¿De qué se ríe usted?—preguntó extrañado Jorge.

—Pensaba en Morell.

—¿En Morell?

—Sí, en lo que me dijo un día... Y de usted, precisamente.

—¿Y se puede saber?...

Lina le miró coquetona e insinuante, y contestó:

—Que para conducirse como usted se conduce conmigo, es necesario que esté usted enamorado.

—¿Enamorado yo?

—Sí.

—¿De quién?

—De mí.

Fingiendo no dar importancia a las palabras de Lina, Jorge forzó la risa.

—¡Es increíble! —dijo.

Con la mayor ironía, siguió la madrastra.

—¿Verdad que sí es increíble?

Con el deseo de no exteriorizar Jorge lo que en su interior pasaba, intentó bromear, deslizando sus palabras entre simuladas e intermitentes risas.

—Cosas de Morell. Me respeto a mí mismo... Y además no es usted mi tipo.

—Como no es usted el mío tampoco—contestó Lina, devolviéndole el desprecio.

—Está usted demasiado delgada.

—Y usted tiene demasiado estómago.

—Además su figura... el color...

—¿Es que las prefiere morenas?

—Por lo menos, sin esas melenas. ¡Qué horror!

—¿Quiere usted que me las corte?

—No, no; sería lo mismo. Cuanto más la miro más veo que no puede compararse con ella.

—La curiosidad y el despecho dictaron ahora la pregunta de Lina.

—¿Y puede saberse quién es esa hermosa mujer con la cual no puedo compararme?

—Mi prometida.

—¿Va usted a casarse?

—Muy pronto—contestó afirmativo Jorge.

—No olvide usted que soy su madrastra.

—¿Y qué?

—Que debe usted contar con mi consentimiento, y con el de su padre sobre todo.

Rió regocijado el doctor y decidido a llevar la broma hasta el final, preguntó a Lina:

—¿Acaso me consultaron ustedes cuando se casaron?

—No es lo mismo.

—Cuestión de apreciaciones.

Quizá por la mente de Lina cru-

só en aquel instante el temor de que el sondeo emprendido descubriera lo que trataba de ocultar y había sido su perenne secreto desde que por primera vez se encontró con Jorge al iniciarse la falsa situación que continuaba sosteniendo con Alberto.

Se consideraba fracasada en sus intentos. Cuantos procedimientos había ideado para atraer a Jorge o lo que ella creía su capricho y era ya más que un amor que crecía y crecía por momentos, se había estrellado ante la impenetrabilidad de aquél, que dueño siempre de su voluntad, lograba ocultar un afecto que quería extinguir a todo trance por cariño a su padre y por respeto a sí mismo como había confesado a Lina en uno de aquellos extraños coloquios con que se zaherían constantemente para no declarar lo que cada uno sentía por el otro.

Volvió a la carga Lina, pero sesgando el asunto para no descubrirse tan pronto.

—¿Y es realmente tan hermosa su prometida?

—Una verdadera belleza.

—Supongo que me la presentará usted.

No pasó desapercibida para Lina la intencionada mueca despectiva que irónicamente se destacó en los ojos del médico.

—¿Para qué?—preguntó Jorge.

—Para conocerla.

—¿Le interesa a usted mucho?

Vaciló un momento la madrastra; pero se repuso en seguida:

—Me es completamente igual.

—Entonces...

—Pero es su deber presentarla a sus padres.

—Usted no es mi madre.

—Soy la esposa de su padre...

—¿Está usted segura?

Jorge, temiendo sin duda haber ido demasiado lejos, dió un giro al diálogo y siguió diciendo:

—Mi prometida es una joven sumisa, obediente...

—Sí que es una perfección—replicó Lina en un tono que quería ser festivo.

Jorge no se dió por enterado, y prosiguió:

—Y además sensata y muy bien educada.

Acentuó mucho las palabras, y arguyendo como en un reproche:

—Quizá comprenda usted ahora el porqué de mi resolución de no presentársela.

La prudencia que Lina se había impuesto para llegar al feliz término de sus propósitos, desde que advirtió en ella algo más que simpatía por el joven, pudo menos que la pertinaz serenidad y frío cálculo de su interlocutor.

Su cólera provocó una de las crisis nerviosas que tan frecuentemente se sucedían en ella cuan-

do la contrariedad azotaba sus deseos. En aquel momento, más cruelmente que en otros casos, sintió el dardo de su impotencia, porque la herida entonces le llegaba al alma.

—Es usted de una insolencia despreciable — le dijo.

—Y usted una mujer sin reparos... una inconsciente... Por eso no le presentaré jamás mi prometida; ni aún después de casado.

Mediaron breves momentos de silencio. Sirvió a Jorge el intervalo para percibir en el descompuesto semblante de la madrastra el proceso psíquico de una voluntad que se veía derrotada por la energía y la ficción de su contrincante. Fueron para ella sedante, más bien freno, al vivo impulso que sintió de agredirle.

—Se arrepentirá usted de sus palabras — amenazó ella.

—Soy muy hombre para medir mis palabras antes de proferirlas... Y por eso jamás me he tenido que arrepentir de lo que he dicho.

—Y sépalo usted, aunque le duela — afirmó rudamente Lina—, me he comportado hasta ahora en mis diversiones guardando el debido respeto al hombre con quien me unió un compromiso... Y nadie, ¿entiende usted? ¡nadie! pudo tomar pie de mi conducta para una confianza que traspasara los linderos de la corrección.

—Y yo la felicito—arguyó Jorge.

—Pero desde hoy, mi proceder será distinto—. Y si algo puede traducirse en mis diversiones que menoscabe en apariencia la dignidad de su padre, culpa de usted será nada más.

—¿Culpa mía?

—Sí... De usted; sólo de usted... Porque es usted un hombre sin corazón, con el alma cerrada a toda piedad y a toda delicadeza.

—¡Lina!, yo le ruego...

—Es inútil... Entre nosotros sólo puede haber ya hostilidad manifiesta y odio implacable.

—¿Me desafía usted?

—Tómelo como quiera. Y le advierto... Le prohibo que me espíe... No lo consiento. ¡Cínico!

Ante el arranque de Lina que, alocada, se precipitó a la puerta para salir, Jorge intentó detenerla.

—¿A dónde va usted?

—No lo sé... Quizá no tarde usted mucho en saber de mí.

—Dígame qué va a hacer — exigió frenéticamente el doctor.

—No tengo por qué dar a usted cuenta de mis intenciones... Pero me veo capaz de todo... ¡de todo! ¿Lo oye usted?

Lina traspuso, furibunda, la puerta.

Perplejo quedó Jorge en mitad de la estancia, dudando entre seguirla o quedarse hasta que la reflexión le dictase la norma a que en lo sucesivo debería ajustarse su conducta con respecto a la compañera de su padre.

Temió al principio que una nueva ligereza coronara la turbulencia con que había puesto fin a la conversación por ambos sostenida, y quiso seguirla. Desistió, sin embargo, seguro de que, pasado el nerviosismo tan frecuente en su naturaleza, se impondría el buen juicio. Por encima de todo y a pesar de sus genialidades y despreocupaciones de mujer moldeada en la desaprensión de un exagerado modernismo, el espíritu de Lina se conservaba sin mácula y abierto a toda comprensión y a toda sensibilidad recta y humana.

Era una de esas almas inciertas y sin norte, no por falta de cualidades para rendirse a una idealidad sana y robusta, sino por defecto de enfoque y descuidos perdonables en una juventud femenil que no había tenido más aledaños que los que su propia inexperiencia le marcaran.

Para Jorge, cuya especialidad profesional se encaminaba precisamente al tratamiento y curación de afecciones tan inherentes a la psicología de los enfermos, no podía pasar inadvertida esta predisposición anímica de su madrastra para lavar sus desvíos e incoherencias en el remanso de sus virtudes y bondades.

La fuga

Abandonó Lina la casa de Jorge, desesperada y sin rumbo. Su ecuanimidad a la jineta de su calenturienta imaginación, iba perdiendo fuerza y sazón para entregarse a los descabellados propósitos de la joven que en sus anhelos de revancha iba fraguando planes sin dar con aquel que más de cerca y con más honda crueldad hirieran el corazón del desalmado que se había permitido colmarla de insultos y desprecios.

Posiblemente fuera el insulto lo que menos mella hiciera en su amor propio. A veces el dicterio ejerce de inicial decisivo para explicaciones y confidencias que aúnan dos voluntades en el mismo empeño y quiebran para siempre un antiguo equívoco.

Pero el desprecio, aquel desprecio con que la envolvió cuando de otra mujer le hablaba con exagerado y entusiasta elogio, era imperdonable y más aún en ella que sólo había escuchado en el camino de su vida, adulaciones y floreos.

Y era Jorge, el petulante doctor y jactancioso imberbe, a quien había podido contemplar no hacía mucho tiempo en el desaliño de su cuarto de estudio como un chiquillo descortés y engreído en su empaque de futura eminencia, quien le había ofendido tan despiadadamente.

Ni el cariño a su padre ni el respeto que debía a la mujer que, según su creencia, era la esposa de su progenitor habían sido valladar bastante para moderar su lengua y ajustar su conducta a las más elementales conveniencias de familia.

Aquel desacato merecía un castigo; pero un castigo ejemplar que revirtiera en venganza para reprimirlo y domeñarlo en lo sucesivo al imperio de sus mandatos.

Directamente y en alas de una idea surgida al calor de sus rencores, marchó a casa de Moreill, a quien encontró como siempre, atareado, en su ociosidad, en el acicalamiento de su indumento y persona.

Sin dar tiempo a Moreill para preguntarle el motivo de su visita inesperada, aunque agradable siempre, Lina, con aquella su vehemencia tan congénita como desconcertante, le espetó irreflexiva:

—Vengo a fugarme con usted.

La sorpresa de Moreill le dejó sin voz y perplejo en extremo.

—¡Ah! ¿No quiere usted fugarse conmigo?—siguió Lina.

—¡Caramba, Lina!... Su proposición.

—¿Y eran esas todas sus promesas?

—Letournel es un buen amigo mío.

—Amigo, a quien usted no hubiera respetado, si yo hubiera oído sus impertinencias de enamorado y proposiciones galantes.

—Pero sin escándalo.

—Sí, lo de todos. El agravio que a los demás se hace es lo de menos... el mal está en que se sepa. ¡Sombras! ¡Siempre sombras!

—¿Qué dirían de mí?—interrumpió Moreill.

—Tiene usted miedo al que dirán... ¿No es eso?

—Tengo miedo por usted y por mí... ¡Por los dos!

—¿Y qué teme usted por mí?

—Su reputación casera para no rehabilitarse jamás.

—Mi reputación sabré sacarla incólume de este trance.

—Tiene usted mucha confianza en sí misma.

—Porque sé quien soy.

—Pero usted no sabe todavía quién soy yo.

—No me hace falta saber lo que son los demás, sabiendo quien soy yo.

Moreill, sorprendido de la entereza de Lina, quedó confuso e indeciso.

Aprovechó ella el momento para arrastrar a Moreill a su propósito.

—¡Señor Moreill!—le dijo—. Mañana a las ocho en punto de la mañana volveré a esta casa con mi equipaje. Espéreme usted con el suyo y tenga preparado un coche.

—Pero, ¿a dónde vamos?—preguntó, acobardado, Moreill, y sin valor para negarse.

—Cuando estemos ya en el coche, diré al chófer el sitio a que nos dirigimos... Hasta mañana.

Intentó Moreill objetar alguna observación, pero más rápida y resuelta Lina, salió de allí sin darle tiempo a pronunciar palabra.

* * *

En casa de Alberto Letournel andaba todo de cabeza aquella mañana. De sala en sala, sin dejar rincón alguno por registrar, Letournel se movía acuciado por la impaciencia y agitado por la inquietud.

Con el pintoresco funambulismo tan peculiar en él, escrutaba hasta debajo de las sillas en busca de Lina, que a primeras horas de la mañana había abandonado el domicilio sin desayunar siquiera.

—¡Luisa!... ¡Luisa!...

—Señor... —contestaba la doncella, acudiendo presurosa a su llamada.

—¿Dónde está la señora?... Dígame usted dónde está. ¡En seguida!

—No lo sé, señor.

—Usted no sabe nunca nada —gritaba en su desesperación Letournel, que volvió a recorrer la casa llamando a Lina.

Había puesto en conmoción toda la casa: sirvientes, vecinos... y nada era para él de más urgencia ni de mayor interés que la noticia del paradero de su esposa que cada vez se presentaba a sus ojos más enigmático y novelesco.

Sospechaba, aunque sin creerlo en su estulticia de galán, que en una de las inconcebibles determinaciones de Lina, hubiera dado ésta por cancelado el pacto que los mantenía juntos.

Miraba el ridículo en que tal decisión unilateral lo colocaría, y adivinaba el bromazo de sus amistades cuando conocieran toda la burda parodia representada hasta entonces.

Se avino a ella, porque esperaba que, a la postre, su prestancia y gallardía acabarían por conquistar el corazón de la joven, que, virgen de amores, no podría menos de rendirse al suyo algún día.

Pero la resistencia de la deseada, cada hora más pronunciada y visible, anegaban sus ilusiones en el aluvión de la evidencia que le iba abriendo los ojos a la realidad.

Preguntó, nervioso, a Luisa la hora.

—Las dos y media, señor —contestó.

—Sí, es la misma que tengo yo en el reloj de pulsera; la misma del reloj del comedor.

—Y en el del salón también —replicó la doncella.

—¿Y el despertador? —preguntó Letournel.

—El de la señora, marcaba las siete.

—Pero, ¿a dónde ha ido mi mujer a las siete de la mañana?

—Quizás al tenis; al golf tal vez —contestó Luisa.

—Imposible... Los que van al golf no madrugan; los que van al tenis se duermen.

La camarera se presentó pidiendo permiso para servir el almuerzo.

Letournel la miró indignado, pareciéndole una blasfemia hablar

del almuerzo cuando la tragedia se cernía sobre aquel techado.

—¿Cómo se atreve usted?...

—Va a enfriarse...

—Que se hiele... No importa. Aquí no come nadie... aquí no bebe nadie... Aquí no bosteza nadie hasta que aparezca mi esposa.

De súbito quedó suspenso, y dándose un golpe en la frente, se dijo a sí mismo:

—¿Cómo no se me había ocurrido antes?

Fué al teléfono, descolgó el auricular y marcó un número.

—¿Eres Jorge?—preguntó.

Y prosiguió:

—Soy yo, tu padre... ¿Has visto a Lina esta mañana?... ¿No?... Ocurre que Lina ha salido esta mañana a las siete de casa y que son las dos y media y todavía no ha vuelto, ni sabemos dónde para... Sí, ven.

Colgó el aparato y se entregó a sus extremos de desesperación que, aun cuando querían ser dramáticos, resultaban siempre jocosamente cómicos por la campechanía con que exteriorizaba sus sensaciones por triste y dolorosa que fuera la causa que las produjese.

Inquieto Jorge por la noticia que su padre le diera por teléfono y suponiendo que la desaparición de Lina fuese consecuencia de la conversación que con ella tuvo el día anterior, corrió a casa de Alberto y entró en ella consternado y ansioso.

—¿Qué has dicho?... ¿Que Lina no ha vuelto a casa todavía?—interrogó, intranquilo, a su padre.

—¡No!... Ha debido ocurrirle algo.

—¿Y qué crees que haya podido ocurrirle?

—A lo mejor un accidente.

—Si hubiese ocurrido un accidente, se sabría.

—¿Pero tú no la has visto?—preguntó a Jorge.

—La vi ayer. Estuvo en mi casa.

Cruzó por la mente de Jorge una sospecha, y para tranquilizar a su padre, mientras comprobaba sus temores, le apaciguó diciendo:

—¡Calla!... Ahora me acuerdo... Me dijo que pensaba almorzar hoy en casa de una amiga.

—Eso ya es otra cosa—dijo Letournel—. ¿Y no dijo qué amiga era esa?

—No; pero lo averiguaré... Te telefonearé cuando lo sepa. Ahora, tranquilízate.

—Sí, ahora estoy ya tranquilo. Y hasta almorzaré también.

Y dirigiéndose a Laisa le ordenó:

—Telefonee a Moreill que venga conmigo a almorzar.

—El señor Moreill estará fuera una semana. Marchó esta mañana de viaje, según me ha dicho el criado—contestó la doncella.

El amor que llega

Jorge adivinó entonces cuánto había ocurrido desde la tarde anterior, cuando al terminar la accidentada conversación que había tenido con su madrastra, salió jurando vengarse.

Veía claro el proceder de Lina, y por grande que fuese la desaprensión que en ella creyera, nunca pudo suponer que llegara a un extremo que pudiera mancillar su honor, dejando al mismo tiempo en el más espantoso de los ridículos a un hombre que, como su padre, era todo candidez y bonhomía.

Decidido a aclararlo todo y a poner remedio, si aun era tiempo, a semejante felonía, salió corriendo, prometiendo a su padre inmediatas noticias.

En la puerta del piso encontró al detective que llegaba en su busca. Aparecía agitado y radiante, denotando la prisa con que acudía y el orgullo con que se disponía a comunicar una noticia tan inesperada como importante para quien del servicio le había encargado.

—Le he buscado por todas partes, doctor — exclamó rápido —. Me han dicho que estaba aquí, y por eso he venido.

—Bien, ¿y qué? — preguntó, acucioso, Jorge.

—Pues, verá... Como usted me tiene encomendado, seguí a la señorita esta mañana y la vi entrar en un garage.

—Y allí la esperaba un señor, ¿verdad? — dijo Jorge.

—Un señor con una maleta — es cierto —. ¿Quién se lo ha dicho?

—Lo sé todo... Continúe usted.

—Para abreviar, puesto que lo sabe usted todo... Han montado en un «Cabriolet», ocho cilindros... lo han puesto en marcha y han salido disparados.

—Bueno, pero, ¿a dónde?

El detective se contoneó presuntuoso y orondo, convencido de que en el extremo que iba a des-

cubrir, se hallaba todo el intringulis del asunto y lo más difícil de precisar para quien no tuviera su extraordinaria perspicacia, y el sentido policíaco tan desarrollado como el de él.

—Tenga usted en cuenta — prorrumpió con ufanía el detective — que otro profesional que no fuese yo, no podría contestar a su pregunta.

—¡Acabe usted pronto! — ordenó Jorge, perdidos por completo los estribos.

—... Pero, yo, armado de valor — prosiguió el detective sin darse por entendido — me he acercado con disimulo y he oído al señor que decía a la señorita. —Vamos a Mente, ¿no? A la posada del «Pájaro azul».

—Conque a Mente, ¿eh? — exclamó Jorge, y marchó velozmente dejando suspenso y decepcionado al detective que, como premio a su brillante encuesta, esperaba el abrazo más cordial y entusiasta de gratitud, acompañado de una rumbosa recompensa en dinero contante y sonante.

* * *

De no haber marchado Jorge con tanta celeridad, hubiera podido recibir también la visita del ordenanza de telégrafos que entregó a su padre un despacho urgente.

Abrió, tembloroso, Letournel el telegrama, y después de leerlo, llamó con la mayor alegría a Luisa.

—¡Luisa!... ¡Luisa!... Un telegrama de la señora. Ha ido al Havre a despedir a su padre que marcha a América. ¡Pobre Lina! — musitó, doliente —. ¡Y pensar que he dudado de ella!

Es claro que la lectura del telegrama no hubiera logrado engañar a Jorge, después de haber recibido la confidencia que el detective le diera, y hubiese salido igualmente en busca de su madrastra.

Llegó Jorge a Mente también en coche, pocas horas después de la arribada al «Pájaro azul» de la pareja Lina-Morelli.

La circunstancia de hallarse Morelli a la sazón en el vestíbulo, dióle a conocer al ver a Jorge sin que éste se apercibiera, que su fuga con Lina había sido descubierta. Temió las consecuencias que un encuentro con el hijo del ofendido pudieran acarrearle y, tras breves palabras cruzadas rápidamente con ella, salió del hotel y desapareció en la carretera de regreso a París.

Recibió Lina al joven doctor un tanto cohibida; pero sin perder del todo la gallardía y desplante

con que pensaba comportarse con él para no claudicar y mantenerse en todo momento dueña de la situación y en estado de responder acerada o cariñosamente, según el giro que la conversación tomase con el hijo de Letournel.

Este vaciló unos momentos antes de iniciar explicación alguna con su madrastra.

De haberse dejado llevar de su primer impulso, el encuentro hubiera tenido arranque de tragedia. En su alma, devorada por lo que él creía detrimento de su honor como hijo del ultrajado, levantábase airado el dicterio y hasta el insulto descarnado y sangriento. Le espoleaba el despecho; le cosquilleaba la amargura de no haber logrado antes contener las osadías de Morcill y las concesiones de Lina a un hombre a quien no apreciaba cualidad alguna estimable, sino más bien liviandad y felonía.

De haberlo tenido entonces al alcance de su mano lo hubiera estrujado cruelmente para hacerle pagar en un instante todo el drama que por su culpa se cernía implacable sobre su apellido.

Reprimióse en un heroico alarde de voluntad y se conformó con preguntar amargamente a su madrastra:

—¿Y esta es su venganza?

Lina le miró insondable y retadora.

—¿Cree usted que su conducta merecía mejor trato?—preguntóle la madrastra.

—Mi conducta, quizá no; pero la bondad de mi padre, sí.

—¿Y ha venido usted a echarme en cara el detrito de sus rencores?

—He venido a suplicar a usted que vuelva a casa.

—No me es posible hoy.

—¿Por qué?... ¿Acaso le da a usted vergüenza?

—He mandado un telegrama a su padre para tranquilizarle, y si llegase allí esta noche, vería en seguida el fraude.

—¿Le ha dicho usted en el telegrama que estaba aquí?

—Le he dicho que marchaba al Havre a despedir a mi padre que parte para América.

Jorge quedó triste y dolido por la premeditación y frío cálculo con que todo aquello había sido preparado.

Quería comprender, y le era imposible penetrar en el abismo de aquel corazón de mujer que cada vez se le presentaba más hermético y misterioso.

Decidido a encauzar aquel desvío, preguntó suplicante:

—¡Lina!... ¿Por qué ha hecho usted esto?

Vió Lina en las palabras del

joven todo un destello de dulzura y tristeza que se compaginaba abiertamente con sentimientos que ella también experimentaba. No pudo contestar y se limitó a rogar:

—No me pregunte usted nada. Se lo ruego.

Después, quedamente, entre dientes, como una lamentación, exclamó:

—No me encuentro bien.

Y musitó dulcemente:

—¡Por piedad! Déjeme estar.

—¿Le molesto acaso?

—No, pero debe usted marchar.

—¿Qué dice usted?

—Váyase — repitió Lina, pero sin fuerza alguna en sus palabras.

—¿Que me vaya?

—Sí, vuélvase usted a París.

Con acritud y con un tono de voz y acento que más parecía la explosión de unos celos ya incontenibles, preguntó furioso:

—Dejándola aquí con Moreill, ¿verdad?

Lina afirmó rotunda:

—Moreill hace media hora que marchó para no volver.

Dubitativo y receloso, pero reflejando en el resplandor de sus ojos el rayo de luz que la afirmación de Lina había desprendido en la obscuridad de sus pesares, quiso asegurar el optimismo de su creencia:

—¿Es de veras?

Solemne y con la entereza de una dignidad inmanentemente inmaculada a pesar de cuantas apariencias se acumulasen en su contra, repuso afirmativa:

—No es este momento de mentir.

Y después, más tenue, pero más firme en la soberbia de su honestidad, continuó:

—Si no me creyese usted en la solemnidad de este instante, no le perdonaría nunca.

En un arranque de optimismo, que más parecía sano afecto, limpio ya de equívocos y de acerbas torturas, deslizó más que preguntó:

—Esto quiere decir que lo demás puede ser perdonado.

—Lo demás, sí — bisbisó ella casi imperceptible, pero prometedoramente.

Jorge la contempló con adoración, con cariño, y adivinando lo que por el corazón de Lina pasaba, calló en la devoción de un nítido afecto que quería ser filial, y era más bien amor acendrado que se fincaba en su alma con raíces indisolubles y eternas.

Se acercó al botón del timbre y pulsólo, sin dejar de mirar dulcemente a Lina.

—¿Qué hace usted? — preguntó ella.

—Llamar al hotelero. Habremos de quedar aquí esta noche.

—Será una molestia para usted.

—¡Lina!

La llegada del hotelero cortó la frase de Jorge.

—¿Llamaban los señores?—entró aquél, preguntando.

—¿Tiene usted habitaciones?—preguntó el joven.

—Sí, señor; hay una muy espaciosa y ventilada. La cama es grande y cómoda.

—Necesitamos dos habitaciones.

—Lo siento, pero sólo dispongo de una. Las demás están todas ocupadas.

—Entonces le será imposible quedarse aquí—dijo Lina a Jorge.

—¿Y por qué no hemos de quedarnos? Puede usted descansar en la cama.

—¿Y usted?

—En el sillón.

—Es una tontería—expuso el hotelero, porque en la cama caben perfectamente los dos... Pero, en fin; si ustedes se empeñan... Traeré unas mantas. ¿Les parece?

Salió el hotelero, alzando los hombros con extrañeza, pues no comprendía la simpleza de aquellos jóvenes resignándose a dormir vestidos.

A poco volvió con las mantas y se retiró seguidamente después de desear a sus huéspedes una buena noche, y de preguntarles la hora en que debería servir el desayuno.

Lina, a ruegos de Jorge, se acostó en la cama, mientras él, acomodándose en el sillón, se abrigó con la manta y apagó la luz.

Un hilo de luna, atravesando los cristales del ventanal, ponía tonos azules en la oscuridad de la estancia, armonizando la inefable melodía de aquellos dos corazones que en el silencio de la noche, juntos y solos, se comunicaban con el mudo lenguaje de las almas, afanes pretéritos y realidades futuras, que se iniciaban en la noche serena y estrellada de la aldea.

Revelaciones

Letournel recibió a Lina al regresar ésta de su viaje, con la alegría de que era capaz un corazón como el suyo, abierto a todos los afectos y emociones, crédulo y cándido.

Llegó ella indispuesta. Así al menos lo hizo saber a Alberto que se deshacía en preguntas para conocer la causa y alcance de su dolencia.

—¿Has debido resfriarte en el Havre? — le decía, mimándola solícito.

—No es nada; no es nada — contestóle Lina, procurando alejarlo.

—¡Luisa! ¡Luisa! — gritaba Letournel —. Telefonea al doctor. Pronto, pronto.

—Ya lo he hecho — contestó la sirvienta —. Viene en seguida.

Luisa que tenía un periódico en la mano, advirtió a su señor que en él venía el relato del accidente.

—¿Qué accidente? — preguntó Alberto.

—El de la señorita.

—¿Qué está usted diciendo?

—Véalo usted. — Y le mostró el diario.

Tomó el periódico Alberto y leyó en uno de sus títulos, destacado por su tamaño de los demás: «Descarrilamiento del rápido El Havre-París».

—Ahora me explico lo que tiene. ¡Pobre Lina! ¡Mi pequeña! ¡Mi esposa!... No ha querido decirme nada para no disgustarme... ¡Qué buena es! Todo está explicado ahora.

Lina permanecía acostada en cama aquejada de una intensa jaqueca, producida sin duda por las emociones del viaje y de cuanto en la posada había ocurrido. El pañuelo que apretaba su frente, fué tomado por Alberto como venda que hubieron de colocarle al ser curada en el accidente ferroviario.

—¡Lina! ¡Lina! Lo sé todo. Es

inútil que quiera usted ocultarme la verdad por más tiempo.

Creyó Lina que Letournel había sido enterado sin duda por Moreill de cuanto había ocurrido en el «Pájaro azul» y se alarmó, más por Jorge que por ella misma.

—¿Lo sabe usted ya? —preguntó Lina.

—Sí, todo, todo... ¡Qué catástrofe!

—¿Quién se lo ha dicho?

—Si lo sabe todo el mundo. Si lo publican ya los periódicos.

—¿Los periódicos? — interrogó con extrañeza.

—Naturalmente... Y ahora comprendo la conmoción que le ha producido.

—¡Una gran conmoción! —repitió Lina, suplicante—. Pero debe usted perdonarme... Le aseguro que no soy culpable... ¡Ni él tampoco!... Las apariencias nos condenan, pero...

—La fiebre sube — exclamaba, afligido, Letournel—. Está delirando...

Entró Jorge acompañado de Luisa. Cambió una ardiente mirada con Lina y preguntó a la doncella:

—¿Está enferma?... ¿Qué tiene?

—Jaqueca.

—No me extraña.

Intervino Alberto que, al ver a su hijo, le interrogó:

—¿Qué quieres? ¿Para qué has venido?

—Luisa me ha telefoneado que viniera en seguida. Parece que tu esposa está enferma.

—¡Ah, sí! Eres el doctor. Siempre olvido que eres ya médico... ¡Pobre Lina!... ¡Se halla en un estado!... Iba en el rápido del Havre, que descarriló. Debe ser una conmoción. Examínala... Ve, ve...

Al acercarse al lecho Jorge, Lina no pudo reprimir una exclamación:

—¡Jorge!

—Sí, es Jorge — terció, confiado, Letournel—. Ha venido por usted... Lo hemos llamado, y ha venido corriendo. Siempre le dije que mi hijo la quería a usted mucho.

—Y yo nunca lo dudé... También yo le quiero — murmuró entre dientes.

Jorge se acercó a Lina y, cogiéndole el pulso, la miró extasiado, interrogándole con la mirada:

—Es el corazón lo que me duele.

Volvió a entrar Luisa que se había alejado, y dirigiéndose a Letournel, dijo:

—Señor; un caballero desea verle. Espera en la antesala.

—Voy en seguida. ¡Qué oportunidad! — murmuró, contrariado.

Alejóse Letournel precedido de Luisa, para atender al desconocido, y quedaron solos en la alcoba el doctor y la enferma.

Sin pronunciar palabra, permanecieron los dos mirándose en la inmensidad del momento, como dos almas que, comprendidas ya entre sí, no se atrevían a manifestar claramente, por temor Jorge que la herida que abriría en el pecho de su padre sería cruenta e incurable; por convencimiento Lina de que Jorge sería incapaz de asestar golpe tan terrible en las ilusiones y esperanzas de Letournel.

—¡Lina! —prorrumpió Jorge—. He meditado mucho desde anoche. Nuestra conducta no tiene nada de noble... Y he decidido alejarme.

—Quizá para usted sea indispensable y necesario este alejamiento.

—Quedarme sería criminal... Nuestro amor es un sacrilegio.

—¿Y piensa usted marchar muy lejos?

—No lo tengo pensado todavía.

—Puede usted esperar en Niza.

—Esperar qué... ¡Ah, no; no! Es demasiado cerca... Más lejos. ¡Más lejos!... Me iré a América... Quizá allí podré olvidarla un día.

—¿Y si yo le exigiese a usted que se quedase en Niza?

—¡Es mi padre!

* * *

Mientras tanto, en la habitación contigua, Letournel se excitado cuya visita le había anunciado Luisa. Era el dueño del hotel preciaba vivamente con el desconocido del «Pájaro azul».

La verborrea de éste que no dejaba a Letournel intervenir en la conversación, exasperaba a Alberto que le pedía constantemente que le permitiera hablar a él.

Por fin, el hotelero cerró la boca y preguntó Letournel:

—¿Usted es el camarero, verdad?

—Soy el principal, señor. El propietario del «Pájaro azul», de Mente.

—Eso es lo de menos. Lo importante es que usted dice que desearía hablar con el señor Letournel. Le respondo que soy yo, y usted me asegura que el Letournel que usted busca es un joven de veinticinco años... Entonces se trata de mi hijo.

Extrañó a Letournel que Jorge hubiera estado ausente de París por cuanto nada le había dicho; pero suponiendo que tal vez algún trapicheo le hubiese obligado a dormir en Mente y en el parador cuyo dueño tenía delante, trató de sonsacarle y siguió su interrogatorio.

El hotelero se negó a ser más explícito.

—Pero, dígame —insistió Letournel—. Si sé lo que es la ju-

ventud. No ha de extrañarme nada... Ni menos disgustarme.

—Le aseguro... — balbuceó el hotelero.

—Veamos, veamos... Fué allí mi hijo acompañado de una de sus amiguitas... la que por lo visto tenía mucha sed. Bebieron demasiado y olvidaron la cuenta. ¿No es eso?

—De ninguna manera. No puedo consentir que piense usted mal de su hijo... No era su amiga. Era su propia esposa.

—¿Su esposa? — preguntó, estupefacto, nuestro hombre —. ¿Qué esposa?

—La señora Letournel.

—¿La señora Letournel? — insistió cada vez más intrigado.

—Naturalmente.

—Usted no sabe lo que se dice.

—Estoy seguro de lo que afirmo. Además de la ficha correspondiente que su señor hijo firmó, lo comprueba este bolso que allí dejó olvidado la señora.

El hotelero, sin sospechar el daño que estaba infiriendo a su interlocutor, desenvolvió con aire de triunfo el papel que cubría el bolso y mostró al sorprendido Letournel la prueba fehaciente e incontrastable de cuanto venía afirmando.

—¡Es cierto! — murmuró entre dientes —. ¡Es el bolso de Lina!

Tomó el bolso de sus manos, pagó la cuenta y despidió a aquel hombre que, sin desearlo, había abierto una brecha terrible e incurable en el apacible y jocoso vivir de Letournel.

Anonadado, convulso y sin acertar a explicarse cuanto había ocurrido, pero con la demostración palpable de los hechos ante su vista, permaneció perplejo y entristecido viendo cómo repentinamente se derrumbaba todo el castillo de naipes en que venía cimentando su felicidad que él había creído ya indestructible y duradera.

Sin lograr hilvanar sus recuerdos en la contradictoria trayectoria de sus pensamientos que se sucedían con la cruda paradoja de una existencia transcurrida sin meditaciones y en la candorosa turbulencia de su temperamento, Letournel intentaba coordinar sus ideas desde el día en que vió a Lina, a bordo de su yate, entregársele ligera y aturdida, admitiendo él como expresión de un repentino amor la conducta de aquella chiquilla garrula y arrebatadora en su facundia.

Examinó las actitudes todas, las inconexiones espirituales de la mujer que él creía llamada a ser su esposa, y lentamente, pero inexorable y punzante, se fué clavando en su pecho la rudeza de una realidad terrible y absoluta

que se debatía en su mente con unas ansias locas de vengarse.

Pero su natural bonachón y abierto siempre a la excusa y la clemencia, se revolvió contra la claridad de los acontecimientos y en un instante la idea del perdón llegó a dominarle.

Creyó su deber, antes de formular definitivo juicio y adoptar decisivas determinaciones, exigir a los inculpados una explicación que, al librar a ellos de pecado, le limpiaran a él también de pesadumbres y resquemores.

Y en alas de tan halagadora esperanza, se precipitó a la alcoba de Lina, que halló desierta y con la frialdad de un abandono que veía ya claro y sin remedio al convencerse que tampoco Jorge, a quien había dejado asistiendo a Lina, salía al encuentro de su padre.

Increpó, llamó febrilmente, apostrofóles de infamia y crueldad; y con el jadeo de la convulsión en cuerpo y rostro, se apoderó del papel que aparecía sobre el lecho, y ansioso, lo leyó agitado.

El laconismo de la misiva descubrió en dos palabras el enigma.

«Lo sé todo», decía el escrito que denunciaba la letra de Jorge. «Voy a pedir la mano de la señorita Vignol. Tus hijos que te abrazan».

Fué sólo un momento aquel en que estrujó el papel que le despertaba a la evidencia.

Súbitamente reaccionó, y cediendo el paso a la frágil desigualdad de un carácter, llamó resignado a Luisa.

—¿Llamaba el señor?—entró preguntando la doncella.

—Sí—contestó Letournel—. De hoy en adelante un cubierto nada más en la mesa... Y basta de café... Quiero sólo infusiones... Ahora, deme las zapatillas y ponga la radio.

Marcha nupcial

Los sones de la marcha nupcial inundaron la iglesia de arpegios y armonías, ratificando solemnemente los esponsales de Lina y Jorge que, arrodillados al pie del altar, recibían la bendición del sacerdote.

El grupo de invitados y curiosos se abrió luego en dos filas para dar paso a la enamorada pareja que salió del templo, seguida de Lotournel y Vignol, gozosos también de la felicidad de sus hijos.

* * *

Una vez más la juventud y el amor habían triunfado.

FIN

Argumento novelado
por
VICENTE PARDO BAYO

INDICE

	PÁGINAS
Amor inesperado	7
Mujer al agua	12
La casa filarmónica	19
El doctor Jorge Letournel	28
Hijo y madrastra	36
La fuga	42
El amor que llega	46
Revelaciones	51
Marcha nupcial	56

Señorita:

Recuerde Ud. que las más acreditadas películas han sido noveladas por

EDITORIAL GRAFIDEA, S. L.

la única marca que es garantía de calidad

CONSULTE EN LAS HOJAS SIGUIENTES LOS TITULOS QUE TENEMOS EN EXISTENCIA Y A SU DISPOSICION

EDICIONES EXTRAORDINARIAS

Serie Esplendor

TITULOS PUBLICADOS Y EN EXISTENCIA:

A 1'50 PESETAS EJEMPLAR

75 minutos de angustia, por Lewis Stone.
Magnolia, por Irene Dunne y Allan Jones.

A 2 PESETAS EJEMPLAR

Se última diablura, por Diana Durbin.
La marca de fuego, por Victor Francen y Semue Hayakawa.
Fuego, por Victor Francen y Edwige Feuillere.
Central Río, por Ivan Petrovich y C. Horn.
El paraiso perdido, por F. Gravey y Elvire Popesco.
Los hombres no son dioses, por Miriam Hopkins.
El valle de los Iracos, por Chester Morris.

A 2'50 PESETAS EJEMPLAR

Princesita, por Diana Durbin.
La sombra de Frankenstein, por Boris Karloff y B. Lugosi.
Mentirosilla, por Diana Durbin (2.ª edición).
¿Por qué late corazón?, por Danielle Darrieux (2.ª edición).
Se llevó mi corazón, por Jeannette Mac Donald (2.ª edición).
Horizontes de gloria, por Mickey Rooney (2.ª edición).
El hombre que fabricaba monstruos, por Lon Chaney (hijo).
La llama de Nueva Orleáns, por Marlene Dietrich.
Noches en Río, por Victor Mac Laglen y B. Rathbone.
Mujercita, por Diana Durbin y Franchot Tone.
Arizona, por James Stewart y Marlene Dietrich.
Mujer sin rumbo, por Edwige Feuillere.
Caballero y ladrón, por Olivia de Havilland y David Niven.
Capitán Furia, por Victor Mac. Laglen, Brian Aherne y June Lang.
Entre nosotras, por Diana Barrymore, Robert Cummings, Kay Francis y John Boles.
Pájaros de cuenta, por Bub Abbot y Lou Costello.

LAS MEJORES NOVELAS CINEMATOGRAFICAS
SIEMPRE LAS DE LA SERIE ESPLENDOR

OTRAS PUBLICACIONES

Tres títulos que no debe usted olvidar y que forman parte de nuestra moderna colección de Novelas Policíacas, presentadas en nuestras Ediciones de Bolsillo.

La cara en el espejo

El extraño caso de Thomás Holloway

El misterio de Sparkhill

Otros temas en preparación.

GRAN COLECCION TEMPLE DE NOVELAS DE AVENTURAS

(LAS MEJORES EN SU GENERO)

Títulos publicados y en existencia:

Jeff el impulsivo, por Fidel Prado.

El desfiladero de los Castillos Blancos, por Julián Castro.

Los buitres del cañón sin fondo, por Fidel Prado.

El terrible enigma de la escritora sueca, por A. Fernández Arias (El Duende de la Colegiata).

Huracán en las islas peligrosas, por David O. Forest.

El sheriff de Campo de Oro, por Fidel Prado.

SIGUEN OTROS INTERESANTES TITULOS

UN sensacional reportaje de los estudios cinematográficos de Hollywood vistos a través de la inspirada pluma del célebre escritor

A. Pérez de Olaguer

en la deliciosa novela

EL NOVELISTA QUE VIO LAS ESTRELLAS

Interviús, chistes, anécdotas, filmación de películas, la vida íntima de las estrellas, etc. recordará usted leyendo la descripción maravillosa del mundo del celuloide en sus más intrigantes misterios.

No deje de solicitar una obrita que le deleitará.

BIBLIOTECA CELESTE

LA NOVELA DEDICADA A LA MUJER

TITULOS PUBLICADOS
Y EN EXISTENCIA:

Llegó con la Primavera, por D. Juncadella.
Llama de Amor, por Margarita de Arbizu.
Tierra en los ojos, por C. Castella de Zavala.
Sombras sobre la vida, por C. Castella de Zavala.
Cuando ellas quieren, por F. Mediante Noceda.
El dilema de Isabelita, por J. Ferrer Aleu.
Historia de un beso, por Laura de Noves.
José Luis, por M. Andreu Fontirroig.
Los caballeros las prefieren buenas, por D. Juncadella.
¿Es usted mi marido? por Carmen Nonell.
Hoy, como ayer, por Margarita de Arbizu.
El Castillo de Fierro-Negro, por C. Castella de Zavala.
...Y la luz se hizo, por Laura de Noves.
Por su Rey y por su Dama, por Carmen Nonell.
El secreto de Maribel, por M. Andreu Fontirroig.
La Casa de la Primavera, por Carmen Nonell.
El Vértice de la Ilusión, por Julia Mélida.

nº 10 380

EDITORIAL GRAFIDEA, S. L.
CALLE BAILEN, 154
BARCELONA

PRECIO: 2'50 PTAS.